

Viajes EXTRAORDINARIOS



S. CALLEJA
MADRID

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA
P A R A N I Ñ O S

XIII

20162

CUENTOS DE CALLEJA

25140

VIAJES EXTRAORDINARIOS

Con censura eclesiástica

ILUSTRACIONES DE
M. ANGEL Y MÉNDEZ BRINGA



EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.

CASA FUNDADA EL AÑO 1878

M A D R I D

PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS

March y Samaráa



VIAJES EXTRAORDINARIOS

Había en Bagdad, antigua capital del califato árabe, un pobre mozo de cordel que se llamaba Ahmed. Una tarde, en que hacía un calor excesivo, le mandaron llevar una carga muy pesada de un extremo á otro de la ciudad; y como estaba rendido de cansancio y le faltaba aún mucho que andar, al llegar á una calle en que se sentía una temperatura suave, y cuyo enlosado estaba regado con agua de rosas, dejó su carga en el suelo y se detuvo á descansar cerca de un magnífico palacio, del que se desprendían suaves perfumes y del que salían melodías armoniosas.

Deseó saber á quién pertenecía; se aproximó á unos criados que estaban en la puerta, y les preguntó el nombre de su señor.

—¡Vive usted en Bagdad—le respondieron—y no sabe que habita aquí el marino Simbad, aquel famoso viajero que ha recorrido todos los mares que alumbra el sol!

El demandadero, que había oído hablar de las riquezas de Simbad, no pudo menos que envidiar la suerte de un hombre cuya posición contrastaba notablemente con la suya. Exasperado con las reflexiones que le sugirieron tan notables diferencias sociales, levantó los ojos al cielo, diciendo en voz alta y de modo que le oyesen:

—¡Señor, Criador y dueño de todas las cosas, considera la diferencia que hay entre este hombre tan poderoso y tu humilde siervo; yo sufro todos los días mil fatigas y mil males, y con gran trabajo logro mantener á mi familia dándoles mal pan de cebada, mientras que el feliz Simbad gasta pródigamente sus riquezas, y lleva una vida llena de goces! ¿Qué ha hecho él para disfrutar un destino tan venturoso? ¿Qué he hecho yo para merecer tantos rigores?

Y diciendo estas palabras, dió una patada en el suelo, como un hombre que está desesperado.

Preocupado con sus tristes pensamientos estábanse el demandadero cuando sintió que se llegaban á él, y tomándole del brazo le decían:

—Ven, sígueme; Simbad, mi amo, quiere hablarte.

Introdujo el criado á Ahmed, el demandadero, en una sala en que había un número considerable de personas alrededor de una mesa cubierta de manjares de todas clases. Es



Y se detuvo á descansar cerca de una magnífica...

taba en el lugar preferente un anciano venerable, con una larga barba blanca, y detrás de él se veían de pie una multitud de dependientes y criados, que se desvivían por servirle.

El demandadero, cuya turbación se aumentó á la vista de tanta gente, saludó á todos temblando; pero Simbad le dijo que se acercase; y después de hacer que se sentara á su derecha, le sirvió él mismo y mandó que le dieran de un excelente vino, que estaba en el aparador.

Cuando terminó la comida, Simbad tomó la palabra, y dirigiéndose á Ahmed, á quien trató como hermano, según la costumbre de los árabes, cuando se hablan familiarmente, le preguntó cómo se llamaba y qué oficio tenía.

—Yo, señor—le respondió—me llamo Ahmed.

—Me alegro mucho de ver á usted—replicó Simbad—y creo que estos señores lo ven también con placer; pero desearía saber lo que estaba diciendo hace poco en la calle.

Simbad había oído, antes de sentarse á la mesa, las lamentaciones del pobre demandadero, y esto era lo que le había decidido á llamarle.

Lleno de confusión, Ahmed bajó la cabeza y respondió:

—Confieso á usted que mi cansancio me había puesto de mal humor; dije inadvertidamente algo que puede molestarle y por lo que le suplico me perdone.

—No he de reconvenir á usted por sus lamentaciones; por el contrario, me compadezco de usted; pero quiero s2-

carle del error en que está con respecto á mí; usted se imagina que yo he adquirido sin pena ni trabajo las comodidades de que me ve gozar, y está equivocado. No he llegado á este estado sino después de haber sufrido por espacio de muchos años cuantos trabajos puede concebir la imaginación. Sí—añadió dirigiéndose á todos—puedo asegurar á ustedes que estos trabajos son tan extraordinarios, que su relación es capaz de quitar á los hombres más codiciosos de riquezas, el deseo de atravesar los mares para adquirirlas. Tal vez habrán oído ustedes hablar de mis extrañas aventuras, y de los peligros que he corrido en los siete viajes que he hecho; pero de seguro no conocerán éstos; y puesto que se ofrece la ocasión, voy á relatarlos, persuadido de que no les pesará escucharme.

Llamando á un criado, mandó que llevasen la carga que había dejado Ahmed en la calle donde éste dispusiera, y luego comenzó así su relato:

—A la muerte de mis padres heredé una fortuna considerable, que hubiera disipado pronto si no hubiera conocido á tiempo que las riquezas eran perecederas, y que se les veía pronto el fin cuando se manejan tan mal como yo lo hacía. Asimismo me hice cargo de que gastaba desgraciadamente el tiempo en una vida desarreglada, cuando esto es la cosa de más valor. Y por último, consideré que era la última y la más deplorable de todas las miserias el ser pobre en la vejez. hechas estas reflexiones, reuní lo que restaba de

mi patrimonio, vendí todos los muebles que tenía, hice amistad con algunos mercaderes que se dedicaban al comercio marítimo, y consulté á los que me parecieron capaces de darme buenos consejos. En suma: resolví recuperar lo perdido y hacerme rico con el dinero que me quedaba; y al efecto fuí á Balsora, en donde me embarqué, con los géneros que había comprado, en un buque que habíamos equipado á nuestra costa.

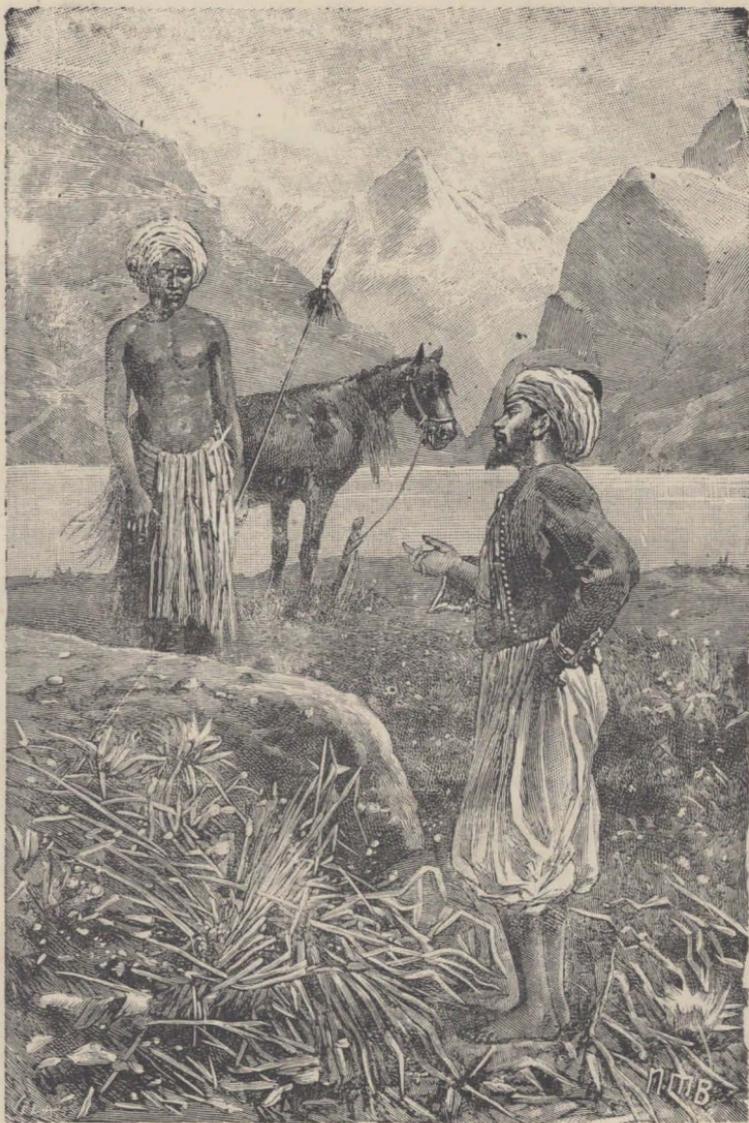
Nos dimos á la vela, y dirigimonos á las Indias Orientales por el golfo Pérsico, golfo que está formado por las costas de la Arabia Feliz á la derecha y las de Persia á la izquierda, y cuya mayor anchura es de setenta leguas, según la opinión de los que le conocen. Fuera de este golfo se encuentra el mar de Levante, que, como el de las Indias, tiene por límites las costas de Abisinia, y cuatro mil quinientas leguas de longitud hasta las islas de Vakvak. Durante los primeros días de viaje sufrí horriblemente con esa enfermedad que se llama mareo; pero muy pronto se restableció mi salud, sin que después haya vuelto á sufrirlo.

Mientras duró el viaje abordamos en muchas islas, en las que vendimos ó cambiamos nuestros géneros. Un día de calma pasamos frente á una islita. Mandó el capitán dar fondo, y permitió bajar á tierra á las personas que quisieron desembarcar, siendo yo del número de las que lo hicieron. Pero cuando más tranquilos estábamos descansando de la fatiga del viaje, tembló la isla y nos dió una recia sacudida

Notóse en el buque el temblor de la isla, y desde él gritaron que nos embarcáramos inmediatamente, si no queríamos perecer, pues lo que al principio creímos isla no era otra cosa que una enorme ballena. Los más diligentes se salvaron en la lancha que nos había llevado, otros se echaron á nado, pero yo me hallaba todavía sobre aquel animal; se sumergió en el mar, sin darme tiempo más que para tomar un trozo de madera, que había llevado del navío para hacer fuego. Mientras tanto el capitán, después de haber recibido á bordo las gentes de la lancha, y algunos de los que llegaron nadando, queriendo aprovechar el viento fresco y favorable que se había levantado, mandó desplegar las velas y seguir el viaje, dejándome sin esperanzas de salvación.

Estuve á merced de las olas, empujado, ora á un lado, ora á otro, siendo el juguete de las aguas, y disputándoles mi vida todo aquel día y la noche siguiente. Cuando amaneció ya se habían agotado mis fuerzas, y había perdido toda esperanza de salvar la vida, cuando una oleada me arrojó felizmente á una isla. La costa era alta y escarpada, tanto que me hubiera costado mucho trabajo subir por ella, si no me hubieran proporcionado medios para hacerlo algunas raíces, que parecían haberse conservado en aquel sitio para mi salvación. Tendíme en el suelo, en donde permanecí medio muerto de cansancio y hambre, hasta que fué ya de día.

A pesar de hallarme tan fatigado por lo que había sufrido, y no haber tomado alimento alguno desde el día anterior



Cuando apareció el que hablaba.....

me arrastré como pude en busca de algunas hierbas con que alimentarme, y tuve la suerte de encontrar un manantial de agua, que contribuyó mucho á restablecerme. Habiendo recuperado las fuerzas, me adelanté por la isla, andando á la ventura, hasta que entré en una llanura, en la que divisé á lo lejos un caballo que estaba paciendo. Dirigí mis pasos hacia aquella parte, fluctuando entre el temor y el gozo, pues no sabía si caminaba á mi perdición ó si había salvado la vida. Al acercarme vi una yegua atada á una estaca; su hermosura atrajo mi atención; pero, en tanto la miraba, oí á mis pies y bajo tierra la voz de un hombre. Aun no había acabado de acercarme cuando apareció el que hablaba, y al verme, vino hacia mí y me preguntó quién era. Referíle mi aventura, me cogió de la mano y me hizo entrar en una gruta, en donde había otras personas, las cuales quedaron admiradas al verme.

Después de haberme hecho comer, y entablado conversación, les pregunté qué hacían en un sitio que parecía desierto; dijéronme que eran palafreneros del rey Mihrage, soberano de aquella isla; que todos los años en la misma estación tenían costumbre de llevar allí las yeguas del Rey.

En tanto que así estábamos hablando de esta manera, salió del mar un caballo marino; se arrojó sobre la yegua, y quiso devorarla; metieron los palafreneros un ruido espantoso, y dejó el monstruo su presa.

Al día siguiente emprendieron su regreso á la capital de

la isla, acompañándolos yo. Á nuestra llegada, el rey Mihrage, á quien fui presentado, me preguntó quién era, y por qué me encontraba en sus Estados. Después de haber satisfecho su curiosidad, me manifestó que sentía mi desgracia, mandando que se cuidase de mí y que me suministrasen todas aquellas cosas de que tuviese necesidad.

Procuré entablar conocimiento con los comerciantes, por ser los de mi profesión, buscando entre ellos muy especialmente á los extranjeros, no sólo por saber de ellos noticias de Bagdad, sino que también por ver si encontraba alguno con quien poder volver á aquella ciudad. Procuraba yo tratar á los sabios de las Indias, y tenía mucho gusto en oírlos hablar, sin que esto me impidiese hacer la corte al Rey con mucha regularidad, ni el conversar con los gobernadores y reyezuelos tributarios de aquel Rey, que estaban junto á su persona. Hacíanme ellos mil preguntas acerca de mi país; y por mi parte, deseando instruirme, les preguntaba cuanto me parecía merecer mi curiosidad, respecto de las costumbres y leyes de sus Estados

Hay bajo el dominio del rey Mihrage una isla que lleva el nombre de Casel. Me habían asegurado que se oía allí todas las noches un sonido de timbales, lo que daba lugar á la opinión, esparcida entre los marineros, de que tenía allí su residencia Degial. Me embarqué para ser testigo de esta maravilla, y en mi viaje vi pescados de ciento y doscientas varas de largo; peces que causan más miedo que daño, pues son

tan tímidos, que se les hace huir haciendo ruido con unas tabletas.

A mi vuelta, estando un día en el muelle, ancló cerca de él un navío, y comenzó á descargar sus géneros; los comerciantes á quienes pertenecían los hacían trasladar á sus almacenes. Dirigiendo la vista á algunos fardos, vi sobre ellos mi nombre, y después de haberlos examinado con atención, quedé convencido de que eran los que había hecho cargar en el buque en que me había embarcado en Balsora; al propio tiempo reconocí al capitán; pero como estaba persuadido de que éste me creía muerto, me llegué á él y le pregunté á quién pertenecían los fardos que estaba viendo.

—Tenía á bordo—me respondió—un comerciante de Bagdad, que se llamaba Simbad, y un día que estábamos cerca de una especie de isla saltó á tierra con otros pasajeros; aquella isla no era otra cosa que una enorme ballena que estaba dormida á flor del agua. No bien se sintió calentar por el fuego que habían encendido sobre su espalda para guisar la comida, cuando comenzó á moverse y hundirse en el mar. La mayor parte de las personas que estaban sobre ella se ahogaron, y de este número fué el desgraciado Simbad. Estos fardos eran suyos, y he resuelto negociarlos y reservar su producto hasta que encuentre algún individuo de su familia á quien poder entregárselo.

—Yo soy—le dije—ese Simbad, que usted cree muerto,

y en realidad no lo está; esos fardos y los géneros que contienen son míos.

Al escucharme el capitán del buque, exclamó:

—He visto perecer á Simbad; los pasajeros que estaban á bordo en mi buque lo han visto como yo; ¡y tiene usted valor de decir que es el mismo Simbad! ¡Qué audacia! Cualquiera diría que es usted un hombre de probidad, y sin embargo, acaba de decir una horrible mentira para apoderarse de una hacienda que no le pertenece.

—Tenga usted paciencia—reliqué al capitán—y hágame usted el favor de escuchar lo que voy á decirle.

—¿Qué podrá usted decirme?—repuso.—Hable usted; ya le escucho.

Entonces le conté cómo me había salvado del peligro de perecer ahogado y mi llegada á la isla donde encontré á los palafraneros del rey Mihrage, que me llevaron á la corte.

Conmovióse el capitán al oír mi relato, y pronto quedó convencido de que yo no era un impostor, porque llegaron gentes de su navío que me reconocieron y me felicitaron, manifestando el mayor contento de volver á verme.

—Bendito sea Dios—dijo por fin—que le ha librado felizmente de tan gran peligro; no encuentro palabras con que manifestar á usted el placer que me causa el verlo vivo. Aquí tiene usted sus géneros: tómelos, y haga de ellos lo que más le acomode, pues son suyos.

Le di las gracias, alabando su probidad, y en señal de mi

reconocimiento le supliqué aceptase algunos géneros; pero los rehusó.

Elegí lo más precioso de cuanto contenían mis fardos, y con ello hice un regalo al rey Mihrage, el cual, como conocía mi desgracia, me preguntó de dónde había sacado cosas tan singulares. Le referí por qué rara casualidad acababa de recobrarlas; aceptó mi presente y me hizo otros, después de lo cual me despedí de él y me volví á embarcar en el mismo navío, cambiando antes de embarcarme los géneros que me quedaban por otros del país, tales como madera de aloe y sándalo, alcanfor, moscada, clavo, especia, pimienta y gengibre. Pasamos por muchas islas, hasta que por fin llegamos á Balsora, de donde vine luego á esta ciudad con el valor de unos cien mil cequíes. Recibiómeme mi familia, y la volví á ver con todos los transportes de júbilo que puede producir un afecto vivo y sincero. Compré esclavos de ambos sexos, hermosas posesiones, é hice una gran casa, estableciéndome de este modo, resuelto á olvidar los trabajos que había padecido, y gozar de los placeres de la vida.

Tardé muy poco en disgustarme de hacer una vida tan ociosa; se despertó de nuevo en mí el deseo de viajar y de hacer el comercio por mar; á este fin, compré géneros propios para el tráfico que meditaba, y partí segunda vez en compañía de otros comerciantes cuya honradez y moralidad me era conocida. Nos embarcamos, y después de habernos encomendado á Dios, emprendimos nuestra navegación.

Fuimos de isla en isla, haciendo trueques muy ventajosos. Un día desembarcamos en una de aquellas islas en las que crecían muchas clases de árboles frutales, pero tan desierta, que no descubrimos en ella habitación ni persona alguna, y nos fuimos á tomar el fresco por las praderas y á lo largo de los arroyos que la regaban.

Mientras que unos se divertían en recoger flores y otras frutas, yo tomé algunas provisiones que había llevado, y me senté junto á una corriente de agua cristalina, entre unos grandes árboles, que formaban una hermosa sombra. Comí lo que había llevado, después de lo cual se apoderó el sueño de mí. No sabré decir si estuve mucho tiempo durmiendo; pero cuando desperté, y al levantarme, no vi al buque.

Me levanté, miré á todas partes, y no vi á ninguno de los comerciantes que habían desembarcado conmigo en la isla. Solamente divisé el navío, que se hacía á la vela; pero á tanta distancia, que á poco lo perdí de vista.

Dejo á la consideración de ustedes las reflexiones que haría viéndome en tan triste estado; pensé morir de dolor, dí gritos espantosos, me golpeé la cabeza y me arrojé al suelo, en donde permanecí largo tiempo sumergido en un mar de pensamientos, á cuál más triste. Todos mis pesares eran inútiles y mi arrepentimiento fuera de sazón.

Al fin me resigné con la voluntad de Dios, y sin saber qué hacer, me subí á la copa de un árbol, desde donde miré á todas partes por ver si descubriría alguna cosa que

pudiese darme esperanza. Dirigiendo la vista hacia el mar no descubrí más que agua y cielo; pero habiendo divisado por la parte de tierra una especie de casa blanca, bajé del árbol, y con las provisiones que quedaban me dirigí hacia aquel objeto blanco, tan distante, que no podía distinguir bien lo que era.

Cuando me encontré cerca, noté que era una bola blanca, de altura y grueso prodigiosos. Dí una vuelta á su alrededor para ver si tenía alguna abertura; pero no pude descubrir ninguna, y me fué imposible subir sobre ella por razón de lo liso y suave de su superficie.

Estaba el sol próximo á ponerse, aunque no tanto que se hiciera de noche en un instante, cuando obscureció como si se hubiese interpuesto entre el sol y la tierra una espesa nube. Quedé asombrado al ver esta obscuridad repentina; pero no quedé menos sorprendido cuando vi que el objeto que la producía era un pájaro de un tamaño extraordinario, que venía volando hacia donde yo estaba. Entonces me acordé que había un ave llamada roc, de que con frecuencia hablaban los marineros, y supe que la gruesa bola que yo tanto había admirado era un huevo de aquel pájaro.

Se dejó caer el roc sobre él como para cubrirlo. Al verlo venir, me apreté cuanto pude junto al huevo, y lo hice de tal suerte, que el pájaro puso delante de mi uno de sus pies, que era tan grueso como un gran tronco de árbol. Ate me fuertemente á él con el lienzo de que estaba rodeado mi tur-

bante, con la esperanza de que cuando emprendiese su vuelo al día siguiente, el roc me sacaría de aquella isla desierta. No bien hubo amanecido echó á volar el pájaro, y me elevó tan alto, que ya no descubría la tierra, y luego se precipitó con tanta rapidez, que no sentía dónde estaba. Cuando me vi en el suelo, desaté inmediatamente el nudo que me tenía ligado á su pie, y no bien había acabado de soltarme, cuando aquel animal se arrojó sobre una serpiente de longitud inaudita, la cogió y remontó de nuevo el vuelo.

El lugar en que me encontraba era un valle profundo, rodeado por todas partes de montañas tan altas, que se perdían en las nubes, y tan escarpadas, que no presentaban camino alguno por donde pudiese subirse á su cima, lo que me produjo un nuevo disgusto, porque, á decir verdad, comparando este sitio con la isla desierta que acababa de dejar, ví que había ganado muy poco en el cambio. Andando por aquel valle noté que estaba sembrado de diamantes, entre los cuales había algunos de un tamaño extraordinario; al principio me complacía en mirarlos; pero muy pronto noté á lo lejos objetos que disminuyeron su valor en gran parte, y que no pude ver sin espanto. Era un gran número de serpientes tan gruesas y largas, que había algunas capaces de tragarse un elefante. Durante el día se retiraban á sus cuevas, en las que se ocultaban por miedo del roc su enemigo, no saliendo sino de noche, cuando no había temor de que viniera.

Pasé el día paseándome por el valle, y descansando de cuando en cuando en los sitios más cómodos; en tanto se puso el sol, y al anochecer me retiré á una gruta, en la que creí podría estar seguro. Cerré la entrada, que era baja y estrecha, con una piedra bastante gruesa, para defenderme de las serpientes; pero que no ajustaba lo bastante para impedir que entrase un poco de luz. Cené de las provisiones que llevaba, causándome tanto miedo los espantosos silbidos que daban las serpientes, que no me dejaron pasar la noche con tranquilidad. Así que se hizo de día se retiraron las serpientes, y entonces salí temblando de mi gruta, y puedo decir que anduve largo tiempo sobre los diamantes sin que excitasen mi codicia. Sentéme por fin, y á pesar de la inquietud de que me hallaba agitado, como no había cerrado los ojos en toda la noche, comencé á quedarme dormido, cuando una cosa que cayó cerca de mí con grande estrépito me despertó. Era un gran trozo de carne fresca; y luego por distintos lados vi rodar otros muchos desde la cima de las rocas.

Siempre había creído que era un cuento, forjado por pasatiempo, lo que había oído decir muchas veces á los marineros y á otras personas, con respecto al valle de los diamantes, y la industria de que se servían algunos comerciantes para sacar de él piedras preciosas. En efecto, los comerciantes acuden á aquellos lugares en el tiempo en que las águilas tienen polluelos, cortan carne y la tiran en trozos grandes al valle, en donde los diamantes, sobre cuyas puntas

caen, se pegan á ellos. Las águilas, que en aquel país son más fuertes que en otras partes, se arrojan sobre aquellos trozos de carne, y los llevan á sus nidos, á la cima de las rocas, para que sirva de pasto á sus hijuelos. Los comerciantes corren entonces á los nidos, obligan con sus gritos á las águilas á alejarse, y cogen los diamantes que encuentran pegados á la carne. Sírvense de esta astucia porque no hay otro medio de sacar los diamantes de aquel valle, que es un precipicio al que no se puede bajar.

Había creído hasta entonces que no me sería posible salir de aquel abismo, que miraba como mi sepulcro; pero mudé de parecer, dándome lugar lo que acababa de ver para imaginar un medio de conservar la vida.....

Principié por reunir los diamantes más gruesos que se presentaron á mi vista, y llené con ellos un saco de cuero que me había servido para llevar mis provisiones; cogí luego el trozo de carne que me pareció más largo, y lo até fuertemente al rededor de mí con el lienzo de mi turbante, y me eché boca abajo con el saco de cuero asegurado á mi cintura, de manera que no se pudiese caer.

Acababa de hacer todo esto cuando bajaron las águilas y, arrojándose sobre mí, por parecerles el trozo mayor, me llevaron, trasportándome á su nido en la cima de la montaña. Pusiéronse á gritar los comerciantes para espantar las águilas, y cuando éstas abandonaron su presa, se aproximó uno de ellos á mí, causándole no poca sorpresa el verme. Sere-



A su nido en la cima de la montaña.....

nóse, sin embargo, y en vez de informarse por qué me encontraba allí, comenzó á quejarse, reconviniéndome de que le había arrebatado su hacienda.

Consuélese usted—le dije,—yo tengo diamantes para usted y para mí, más que pueden tener todos los demás comerciantes juntos. Si ellos los tienen es por casualidad; yo he elegido en el fondo del valle los que traigo en esta bolsa, que está usted viendo.

Y esto dicho, le enseñé mi bolsa. Apenas hube acabado de hablar se acercaron á nosotros los demás comerciantes, rodeándome y mostrándose muy asombrados de verme, aumentando su sorpresa con la relación de mi historia. Quedaron admirados, no tan solo de la estratagema que había imaginado para salvarme, sino que también de mi atrevimiento al ponerla en práctica.

Lleváronme al alojamiento en que estaban todos reunidos; y habiendo puesto de manifiesto mi saco de diamantes, quedaron sorprendidos al ver el tamaño de algunos de ellos, asegurándome que en cuantos sitios habían estado, no habían visto uno que se les pareciese. Supliqué al mercader á quien pertenecía el nido á que había sido trasportado, porque cada comerciante tenía el suyo, le supliqué que eligiese por su parte los que le acomodasen, contentándose éste con tomar uno, y no de los más gruesos, y eso á fuerza de ruegos y súplicas para que tomase más.

—No—me dijo;—estoy satisfecho con éste, que es bastante

precioso para ahorrarme el trabajo de hacer más viajes para vivir feliz.

Pasé la noche con aquellos comerciantes, á quienes conté mi historia, para satisfacer la curiosidad de los que no la habían oído. No pudiendo moderar mi alegría al considerarme libre de los peligros de que les había hablado, y me parecía un sueño la seguridad que se me daba de que ya nada tenía que temer.

Hacia ya muchos días que los comerciantes arrojaban pedazos de carne al valle, y como todos parecían contentos de los diamantes que les habían tocado en suerte, partimos al día siguiente atravesando por montañas muy elevadas, donde encontramos serpientes de prodigiosa longitud, de las cuales tuvimos la dicha de librarnos. Nos dirigimos al primer puerto, desde donde pasamos á la isla de Roha, en la que se cría el árbol que produce el alcanfor, que es tan grueso y frondoso, que pueden estar á su sombra cien hombres con toda comodidad. El jugo de que se forma el alcanfor se destila por una abertura que se hace en lo alto del árbol, y se recibe en una vasija, en donde toma consistencia; después de haber dado así el jugo, se seca el árbol y perece.

En esta misma isla se crían los rinocerontes, que son unos animales más pequeños que el elefante y mayores que el búfalo; tienen un cuerno encima la nariz de una tercia de largo poco más ó menos, el cual está cortado por el centro de una extremidad á otra, y en la parte superior se ven al-

guros rasgos blancos, que representan la figura de un hombre. El rinoceronte riñe con el elefante, le mete el cuerno por debajo del vientre, le levanta y le lleva sobre su cabeza; pero como le corre sobre los ojos la sangre y grasa del elefante y le ciegan, cae al suelo, y lo que va á asombrar á ustedes, llega el roc, los levanta á los dos con sus garras y se los lleva para alimentar á sus pollos.

En esta isla cambié algunos diamantes por otros géneros de buena calidad; de allí nos fuimos á otras, y después de haber tocado en muchas ciudades comerciales, llegamos á Balsora, de donde vine á Bagdad.

Disfruté con mi familia de todas las felicidades de la vida y perdí muy pronto la memoria de los peligros que había corrido en mis dos anteriores viajes; y como me hallaba en la flor de mi edad, me disgusté de vivir sosegado; y procurando desvanecer de mi imaginación los nuevos peligros que iba á arrostrar, partí de nuevo con ricos géneros del país, embarcándome con otros comerciantes.

Un día nos vimos acometidos por una horrible tempestad, que nos hizo perder el rumbo, siendo arrojados por las olas en un puerto en el que el capitán no hubiera querido tocar; pero nos vimos precisados á anclar en él. Tan pronto como se hubo recogido el velamen, nos dijo el capitán:

—Esta isla está habitada por unos salvajes velludos, que van á venir á embestirnos tan pronto como nos vean. Aunque son enanos, no debemos hacerles resistencia, porque son

más numerosos que las langostas, y si matásemos á alguno, se arrojarían todos sobre nosotros y nos degollarían.

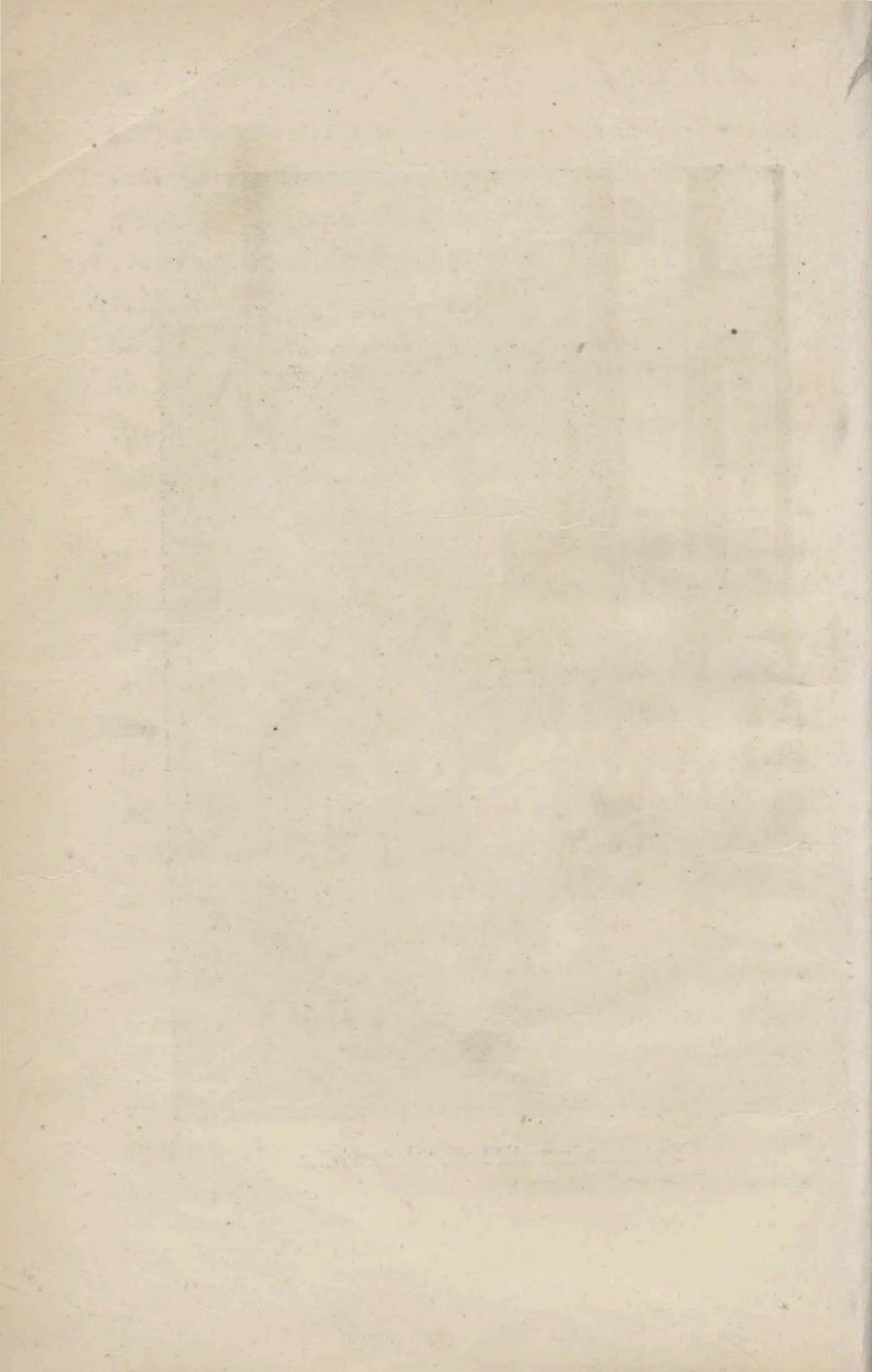
El discurso del capitán nos llenó á todos de consternación; y bien pronto nos convencimos de que era desgraciadamente cierto lo que nos había dicho el capitán. Á poco de haber dado fondo vimos llegar una multitud de salvajes horribles, de sólo dos pies de estatura, teniendo todo el cuerpo cubierto de pelo rojo. Se echaron á nado y rodearon nuestro navío. Nos hablaban cuando se iban acercando; pero no entendimos una sola palabra de cuanto nos dijeron; y treparon por bordas y cuerdas hasta la cubierta con tan grande agilidad y ligereza, que no parecía sino que no ponían los pies en el suelo.

Pueden ustedes imaginarse el espanto con que les vimos hacer esta maniobra, y creo excusado decirles que, siguiendo los consejos del capitán, no hicimos resistencia ni les dijimos una sola palabra para procurar desviarlos de su designio. Desplegaron las velas, cortaron el cable del ancla sin tomarse el trabajo de retirarla, y después de haber acercado á tierra el navío, nos obligaron á desembarcar, marchándose en seguida. Todos los navegantes procuran no tocar en la isla en que nos hallábamos, por las razones que van ustedes á oír; pero tuvimos que resignarnos con nuestro fatal destino.

Nos alejamos de la costa, y adelantándonos por la isla, encontramos algunas frutas y hierbas, de que comimos, para prolongar nuestra vida lo más que pudiésemos. A lo lejos



Y permanecimos allí largo rato inmóviles.



del camino que seguíamos, vimos un gran edificio, hacia el cual dirigimos nuestros pasos. Era un palacio de buena construcción y muy elevado, que tenía una puerta de ébano con dos hojas, la que abrimos sin hacer más que empujarla. Entramos en el patio, y vimos en frente una extensa habitación con un vestíbulo, en que había, á un lado, un montón de huesos humanos, y al otro, una infinidad de grandes asadores. Temblamos ante aquel espectáculo, y como estábamos cansados de andar, nos faltaron las piernas, caímos al suelo sobrecogidos de un espanto mortal, y permanecimos allí largo rato inmóviles.

Se iba á poner el sol, y mientras que nos hallábamos en el lastimoso estado que acabo de pintar, se abrió con mucho estrépito la puerta, y vimos salir un hombre negro, alto como una palmera, que tenía en medio de la frente un solo ojo encarnado y ardiente como un carbón encendido; salíanle de la boca, hendida como la de un caballo, los dientes de arriba, que eran muy largos y agudos, y el labio inferior le colgaba hasta el pecho. Sus orejas se parecían á las de un elefante, que le cubrían los hombros, y tenía las uñas retorcidas y largas como las de los tigres. Al ver un gigante tan horrible perdimos todos el conocimiento y nos quedamos como muertos.

Volvímos de aquella especie de estupor, y lo vimos sentado bajo el vestíbulo, mirándonos con mucha atención. Cuando nos hubo considerado á su gusto, se adelantó hacia

nosotros, extendió la mano hacia mí, me cogió por la cabeza y me dió mil vueltas con la misma facilidad que un carnicero maneja un carnero. Después, viendo que estaba tan flaco que no tenía más que piel y huesos, me dejó. Luego fué tomando á los otros alternativamente, y examinándolos de la misma manera, hasta que tropezó con el capitán, que era el más grueso de todos; lo cogió, pues, con una mano, como si fuera un gorrión, le atravesó el cuerpo con un asador, y habiendo encendido un gran fuego, lo hizo asar y se lo comió para cenar, en la habitación á donde se había retirado. Acabada la cena, volvió al vestíbulo, en donde se acostó y durmió, dando unos ronquidos tan estrepitosos, que parecían truenos. Su sueño duró hasta la mañana; pero nosotros no pudimos disfrutar un momento de reposo, y pasamos la noche en la más cruel inquietud. Al amanecer se despertó el gigante, se levantó, salió y nos dejó encerrados en el palacio.

Cuando lo vimos lejos, rompimos el silencio que habíamos guardado toda la noche, y afligiéndonos todos como á porfía, comenzamos á atronar el aire con nuestras quejas y gemidos. Aunque éramos bastantes en número, y no teníamos más que un solo enemigo, no se nos ocurrió al principio procurar librarnos de él dándole la muerte; empresa bien difícil de ejecutar, y la única, sin embargo, en que debíamos haber fijado nuestra atención.

Discutimos respecto de nuestros propósitos, pero sin to

mar acuerdo alguno. Y resignándonos con lo que pluguiese a Dios hacer de nosotros, empleamos el día en recorrer la isla, alimentándonos con frutas y plantas, como el día anterior. Por la noche buscamos algún sitio en donde poderla pasar á cubierto, sin encontrarlo, por cuya razón nos vimos precisados á volver al palacio.

Volvió el gigante, y se cenó otro de nuestros compañeros; después de lo cual se pusc á dormir y roncar, hasta que amaneció, salió y nos dejó como lo había hecho el día anterior. Nos pareció tan espantosa nuestra situación, que muchos de nuestros compañeros estuvieron á punto de ir á arrojarse al mar, antes que esperar una muerte tan extraña y cruel, excitando á los demás á que siguiesen su ejemplo. Pero tomando entonces la palabra uno de la compañía, dijo:

—Nos está prohibido darnos la muerte; pero aun cuando nos estuviere permitido, ¿no sería más razonable que pensemos en defendernos del bárbaro que nos destina á servirle de alimento?

Como se me había ocurrido un proyecto acerca de esto, se lo comuniqué á mis compañeros, y lo aprobaron.

—Señores míos—les dije—ya saben ustedes que se encuentra mucha madera á lo largo del mar; recojámosla y construyamos unas balsas que puedan llevarnos, y cuando las hayamos acabado, las dejaremos en la costa hasta que creamos oportuno hacer uso de ellas. Entretanto, pondremos en ejecución el que he propuesto á ustedes para librarnos del

gigante; si sale bien, podremos esperar aquí con paciencia á que pase algún navío que nos saque de esta isla; pero si, al contrario, erramos el golpe, nos apoderaremos inmediatamente de nuestras balsas y nos alejaremos de la tierra. Confieso que exponiéndonos al rigor de las olas en tan débiles embarcaciones, corremos riesgo de perder la vida; pero aun cuando hayamos de perecer, ¿no es más digno encontrar sepultura en el fondo del mar, que en las entrañas de este monstruo, que ha devorado ya á dos de nuestros compañeros?

Habiendo todos aprobado mi proyecto, construimos unas balsas capaces de soportar el peso de tres personas.

Volvimos al palacio al anochecer, y á poco llegó el gigante. Era aun necesario resolernos á ver asar á uno de nuestros compañeros. Después de haber acabado su cena, se echó de espaldas y se durmió. En cuanto le oímos roncar, según su costumbre, nueve de los más atrevidos y yo cogimos un asador cada uno, y le pusimos al fuego para que se hiciese ascua la punta, y le saltamos el ojo con ellos.

Prorrumpió el gigante en un espantoso grito; se levantó bruscamente y extendió la mano para apoderarse de alguno de nosotros á fin de sacrificarlo á su rabia; pero tuvimos tiempo para alejarnos de él, y tirarnos al suelo en sitios en que no podía encontrarnos con los pies. Después de habernos buscado en vano, tropezó á tientas con la puerta, y salió dando fuertes alaridos.

Salimos del palacio detrás del gigante, y nos fuimos á la

orilla del mar en que estaban nuestras balsas, que echamos desde luego al agua, esperando que se hiciese de día para colocarnos sobre ellas, suponiendo que veríamos venir al gigante con alguna guía de su especie; pero nos lisonjeábamos de que si no parecía cuando saliese el sol, y no percibíamos sus alaridos, que no cesábamos de oír, sería una señal de que había perdido la vida; en cuyo caso era preferible permanecer en la isla y no exponernos en nuestras balsas. Pero no bien se hizo de día, divisamos á nuestro enemigo, acompañado de otros gigantes, de los cuales unos lo llevaban de la mano y otros caminaban delante con rápidos pasos.

Apenas los vimos, no vacilamos en embarcarnos en nuestras balsas, y comenzamos á alejarnos de la orilla á fuerza de remos. Al notar los gigantes nuestra fuga, se armaron de gruesas piedras, corrieron hacia la playa, entraron aun en el agua hasta la mitad del cuerpo, y arrojándolas con tanta destreza, que á excepción de la balsa en que yo iba, todas las demás fueron derribadas, y los hombres que estaban sobre ellas se ahogaron. Mis compañeros y yo, á fuerza de remar cuanto podíamos, nos hallamos fuera del alcance de las piedras.

Mas tarde fuimos el juguete del viento y de las olas, que nos arrojaban de una parte á otra, pasando aquel día y la noche siguiente en la más cruel de las incertidumbres. Al día siguiente arribamos á una isla, en que saltamos con tanto

más júbilo, cuanto encontramos en ella excelentes frutas, que nos sirvieron de mucho para reparar las fuerzas que habíamos perdido.

Poco tiempo después de habernos dormido, recostados en la arena á orillas del mar, nos despertó el ruido que hacía con sus escamas al arrastrarse por el suelo una serpiente, larga como una palmera. Llegó cerca de nosotros, y se tragó sin dificultad alguna á uno de mis compañeros, á pesar de sus gritos y de los desesperados esfuerzos que hizo para desembarazarse de ella, pues sacudiéndolo sin cesar, lo machacó contra el suelo y se lo acabó de tragar. Al momento echamos á huir el otro compañero y yo: y aunque nos hallábamos á bastante distancia, oímos algún tiempo después un ruido que nos hizo creer que la serpiente roía los huesos del desgraciado á quien había sorprendido.

— ¡Oh, Dios mío — exclamamos — á qué estamos expuestos! Ayer nos regocijábamos de haber salvado nuestras vidas de la crueldad del gigante y del furor de las aguas, y hoy hemos caído en otro peligro, que no es menos terrible.

Al día siguiente reparamos en un árbol grueso y muy alto, y proyectamos pasar sobre él la noche siguiente para estar más seguros; comimos frutas como el día anterior, y cuando llegó la noche volvimos á subir al árbol. Aun no habíamos concluido de acomodarnos en él, cuando vino la serpiente silbando al pie del árbol en que estábamos, se elevó por él,

tronco, y topando á mi compañero, que estaba más bajo, se lo tragó y se fué, dejándome horrorizado.

Permanecí en el árbol hasta que fué de día, y entonces bajé más muerto que vivo, pues no podía esperar otra suerte que la de mis compañeros, y haciéndome estremecer de horror este pensamiento, di algunos pasos con intención deliberada de arrojarme al mar; pero como siempre es agradable el prolongar la vida todo lo posible, resistí este movimiento de desesperación, sometiéndome á la voluntad de Dios, para que dispusiese de mí á su gusto.

Procuré reunir gran cantidad de leña menuda, zarzas y espinos secos, y haciendo con todo muchos haces, los até bien, rodeando con ellos el árbol, até aun otros y los coloqué de parte á parte por encima para cubrirme la cabeza. Hechos estos preparativos, me encerré en mi círculo á la entrada de la noche, con el triste consuelo de haber hecho cuanto estaba á mi alcance para librarme de la muerte que me esperaba. No dejó de acudir, como las anteriores noches, la serpiente. Púsose á dar vueltas alrededor del árbol, viendo cómo podía devorarme; pero no lo pudo conseguir, por la defensa que había fabricado, y en vano se estuvo hasta el día en acecho, como un gato que sitia á un ratón en un asilo que no puede forzar. En fin, habiendo amanecido se retiró, pero yo no me atreví á bajar de mi fuerte hasta bien entrado el día.

Me hallaba tan rendido del trabajo que había tomado, que

pareciéndome mil veces preferible la muerte á soportar una vida tan miserable, me alejé del árbol, y olvidándome de la resolución del día anterior, corrí hacia el mar, con intento de arrojar me en él de cabeza.....

Dios se compadeció de mi triste situación; pues al momento en que iba á tirarme al mar, vi un navío que paraba no lejos de la costa. Grité cuanto pude para hacerme oír, y extendí los lienzos de mi turbante para que me notasen, y no sin provecho, pues que habiéndome visto la tripulación, me envió una lancha el capitán. Cuando llegué á bordo me preguntaron los comerciantes y los marineros el por qué me encontraba en aquella isla desierta; y después de haberles contado cuanto me había sucedido, los de más edad me dijeron que habían oído hablar muchas veces de los gigantes que habitaban en aquella isla, que les habían asegurado eran antropófagos, y que se comían á los hombres asados. En cuanto á las serpientes, añadieron que las había en abundancia en aquella isla; que se ocultaban de día y salían de noche. Después de haberme manifestado alegría por haberme librado de tantos peligros, y suponiendo con razón que tendría necesidad de comer, se apresuraron á obsequiarme con todo lo mejor que tenían; y notando el capitán que mi vestido estaba hecho jirones, tuvo la generosidad de regalarme uno de los suyos.

Corrimos por algún tiempo los mares, tocamos en muchas islas y abordamos por fin en la de Salahat, de la que se saca

el sándalo, madera de que se hace mucho uso en la medicina; entramos en el puerto y anclamos en él. Comenzaron los comerciantes á desembarcar sus géneros para venderlos ó cambiarlos; y en este trabajo estaban cuando me llamó el capitán y me dijo:

—Yo tengo en depósito unos géneros que pertenecen á un comerciante que navegó hace mucho tiempo en mi buque; pero como ha muerto, voy á comerciar con ellos, con el fin de dar cuenta de su producto á sus herederos, si los llego á encontrar.

Estaban ya sobre cubierta los fardos de que se acababa de hablar, y me los enseñó, diciendo:

—Estos son los géneros de que se trata; espero que se encargue usted de comerciar con ellos, en la inteligencia de que se le pagará bien la comisión.

Dile las gracias, porque me proporcionaba ocasión de no estar ocioso.

Andaba anotando el sobrecargo del buque todos los fardos con los nombres de los comerciantes á que pertenecían, y preguntando al capitán bajo qué nombre quería se anotasen los de que acababa de encargarme:

—Póngalos usted—le dijo el capitán—bajo el nombre de Simbad.

No pude oír mi nombre sin emoción; y mirando bien al capitán, recordé era el que me había abandonado en mi segundo viaje en la isla donde me había dormido en la orilla

de un arroyo, dándose á la vela sin esperarme ni hacerme buscar. No le había reconocido al principio, por lo mucho que había cambiado su fisonomía desde el tiempo que dejé de verlo.

El capitán, que me creía muerto, no era posible que me reconociese.

—Capitán—le dije—¿se llamaba Simbad el comerciante á quien pertenecían estos fardos?

—Sí—me respondió;—así se llamaba, era de Bagdad y se había embarcado en Balsora. Un día desembarcamos en una isla para hacer aguada; no sé por qué descuido, ni los comerciantes que con él se habían embarcado, ni yo, lo echamos de menos al darnos á la vela, y cuando lo advertimos, hacía ya cuatro horas que estábamos navegando. Teníamos el viento en popa y tan fresco, que no nos fué posible volver á virar de bordo para ir á recogerle.

—¿Con que usted le cree muerto?—repuse yo.

—Seguramente—me respondió.

—Pues bien, capitán—le repliqué—míreme usted y reconozca á ese pobre Simbad que dejó usted en aquella isla desierta: me quedé dormido en la orilla de un arroyo. cuando desperté me encontré solo.

Al oír esto comenzó el capitán á mirarme con atención.....

—¡Alabado sea Dios!—dijo;—la fortuna ha reparado mi falta. Ahí tiene usted sus géneros, que he tenido cuidado de conservar y de hacer producir en todos los puertos en que

he abordado. Se los devuelvo á usted con todas las utilidades que han producido.

Yo los acepté, manifestando al capitán todo mi reconocimiento.

De la isla de Salahat fuimos á otra en que me proveí de clavo, canela y otras especias, y cuando nos alejábamos, vimos una tortuga que tenía por lo menos diez varas de larga y otro tanto de ancho, y un pescado que se parece mucho á la vaca, siendo su piel tan dura, que se hacen de ella broqueles; asimismo vimos también otro que tenía la figura y el color del camello.

Llegué por fin á Balsora después de una larga navegación, y de allí volví á esta ciudad cargado de inmensas riquezas, que yo mismo no sabía á cuánto ascendían. Di á mi regreso á los pobres una buena parte de la fortuna que llevaba, y aumenté considerablemente mis posesiones.

Las muchísimas ocupaciones que me habían proporcionado tantas riquezas como traje de mi tercer viaje, no fueron motivos bastante poderosos para determinarme á no emprender otros; y así es que me dejé llevar aun de la pasión de traficar y ver cosas nuevas. Arreglé mis negocios, y habiendo acopiado buena cantidad de géneros de fácil salida en los sitios donde tenía designio de ir, partí, tomando el camino de la Persia, de la que atravesé muchas provincias, y llegué á un puerto de mar, en el que me embarqué. Nos dimos á la vela, y habíamos tocado ya en muchos puertos

de tierra firme y algunas islas orientales, cuando un día nos sorprendió una gran ráfaga de viento, que obligó al capitán á hacer amainar las velas, y á dar todas las órdenes necesarias en prevención del peligro que nos amenazaba. Pero fueron inútiles todas las precauciones; no nos salió bien la maniobra, las velas se hicieron mil pedazos, y no pudiendo ya gobernar el buque, se abrió de manera que se ahogaron un gran número de comerciantes y marineros, perdiéndose también la carga que llevábamos á bordo.

Tuve la suerte, lo mismo que otros comerciantes y marineros, de agarrarme á una tabla, y á todos nos arrebató una corriente hacia una isla que teníamos delante, en la que encontramos frutas y agua de un manantial, lo que contribuyó á que recobrásemos pronto nuestras fuerzas. Pasamos la noche en el mismo sitio en que el mar nos había dejado, sin atrevernos á tomar partido alguno respecto de lo que debíamos hacer.

Al día siguiente, apenas amaneció, nos alejamos de la playa, é internándonos por la isla, vimos habitaciones, hacia las que enderezamos nuestros pasos. Conforme nos acercábamos vinieron hacia nosotros gran número de negros; nos rodearon, se apoderaron de nuestras personas, hicieron de nosotros una especie de partición, y nos condujeron á sus casas.

Á los que conmigo habían tocado á uno de aquellos cafres, nos llevaron á un mismo sitio, en el que nos hicieron

sentar, y presentándonos ciertas hierbas, nos convidaron á comer de ellas. Mis compañeros, consultando sólo con su estómago, comieron con afán de aquellas hierbas, sin reparar en que no comían de ellas los que nos las presentaban. Por lo que á mí hace, sospechando alguna superchería, ni aun quise probarlas, y no me arrepentí, porque poco después noté que á los demás se les había trastornado la cabeza, de manera que cuando hablaban, no sabían lo que decían.

Luego nos sacaron arroz preparado con aceite de coco, y mis compañeros, que habían perdido ya la razón, comieron de él extraordinariamente; yo también comí, pero muy poco. Los negros nos habían presentado primero las hierbas para turbarnos la razón, y á fin de que no pudiéramos conocer el fin que nos esperaba y procuráramos con razón evitarlo; y si luego nos dieron arroz, fué con objeto de que engordáramos porque tenían intención de comernos cuando estuviésemos, gordos. Mis compañeros, que ignoraban el destino que la suerte les deparaba, porque habían perdido el conocimiento, fueron comidos, unos tras de otros, por aquellos bárbaros; pero yo, en lugar de engordar como los demás, me puse aun más flaco de lo que era. El temor de la muerte, que no podía apartar de mi imaginación, convertía en veneno cuantos alimentos tomaba, y así es que cada día estaba más delgado, descarnado y seco; tanto, que no creyeron oportuno hacer conmigo lo que habían hecho con mis desgraciados compañeros, y me dejaron para mejor ocasión.

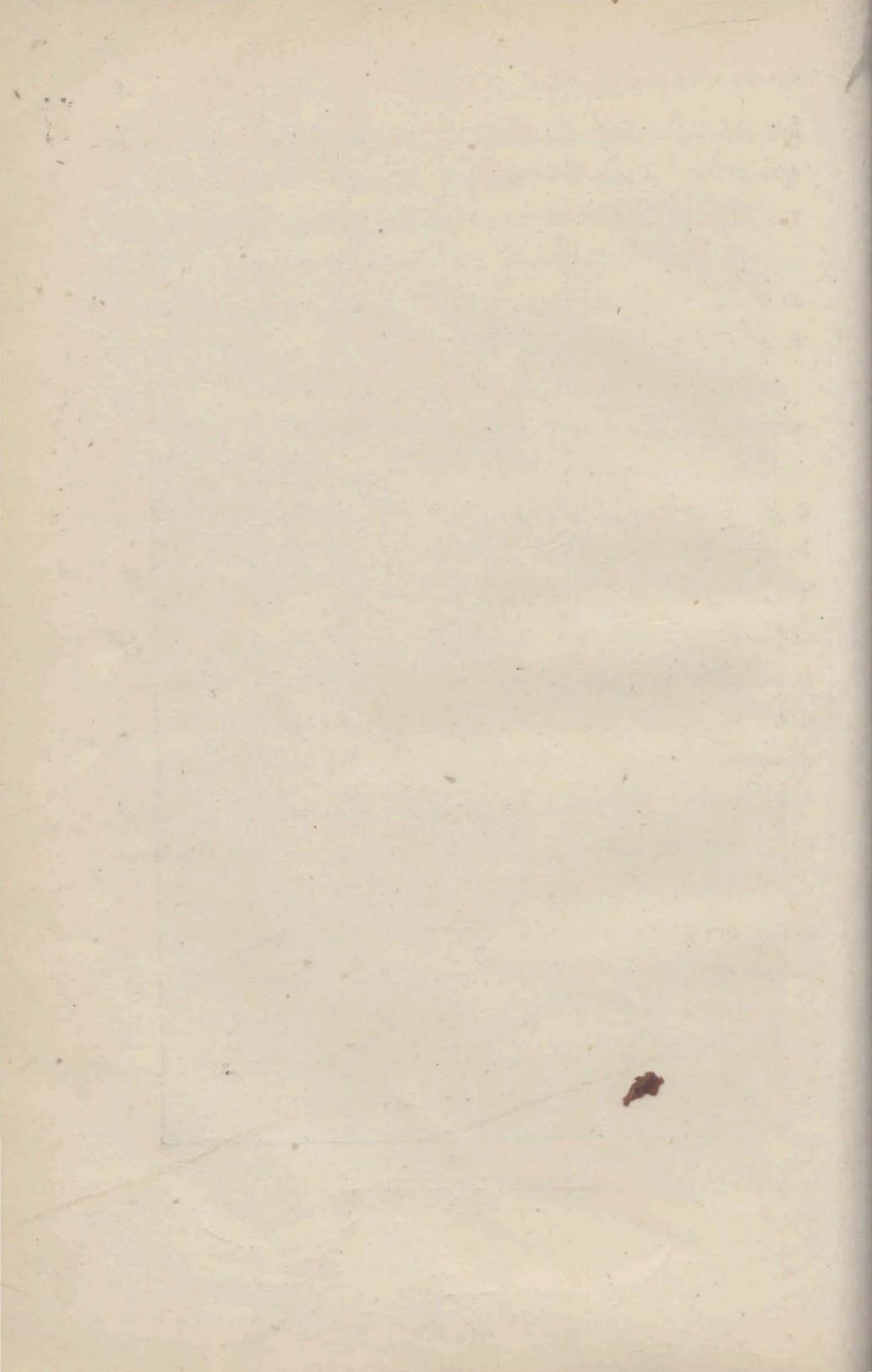
Mientras tanto disfrutaba bastante libertad, y apenas reparaban en mi negligencia, que me proporcionaba día la ocasión de alejarme de las habitaciones de los negros y escaparme. Un viejo que me vió, sospechando el propósito que guiaba mis pasos, se desgañitó gritándome que volviese; pero en lugar de obedecerle redoblé mis pasos y tardé bien poco en perderme y perderlos de vista. No había entonces más que aquel viejo en las habitaciones, pues todos los demás estaban ausentes, y no debían volver hasta el fin del día, lo que solían hacer con bastante frecuencia. Así es que con la seguridad de que ya no estarían á tiempo de seguirme cuando supiesen mi fuga, estuve caminando hasta la noche, que me detuve para descansar un poco y comer algunos víveres, de los que había hecho provisión. Pero muy pronto volví á emprender mi camino, y continué andando por espacio de siete días, procurando huir de los sitios que me parecían habitados. Manteníame con cocos, que me suministraban á un mismo tiempo alimento y bebida.

El octavo día llegué cerca del mar, y de repente me encontré con gentes blancas, que estaban ocupadas en recoger pimienta, de que había grande abundancia; y pareciéndome de buen agüero esta ocupación, no tuve dificultad en acercarme á ellos.

Saliéronme al encuentro los que estaban recogiendo pimienta, y así que estuvieron cerca, me preguntaron en árabe quién era y de dónde venía. Loco de contento de oírlos,



Saliéronme al encuentro.....



hablar en mi lengua, satisfice su curiosidad, contándoles de qué manera había naufragado y venido á aquella isla, en la que habíamos caído en manos de los negros.

—¡Pues esos negros—exclamaron interrumpiéndome—se comen á los hombres! ¿Por qué milagro ha escapado usted á su cruel voracidad?

Entonces les hice la relación que acaban ustedes de oír, con la que quedaron admirados.

Permanecí con ellos en aquel lugar hasta que hubieron recogido la cantidad de pimienta que necesitaban, después de lo cual me hicieron embarcar en el buque que los había traído, y en el cual regresaban á su patria. Llegados á la capital, me presentaron al Rey, que tuvo la paciencia de oír la relación de mis aventuras, quedando de mi relato sorprendido; luego hizo que me dieran ropas, y mandó que me cuidasen.

La isla en que me hallaba estaba muy poblada, era muy fértil, producía toda clase de riquezas, y en la ciudad en que vivía el Rey se hacía un gran comercio. Así es que comencé á consolarme de mi desgracia; y las bondades que tenía para conmigo el príncipe que gobernaba aquel Estado, acabaron de volverme la alegría. Así en la corte como en la ciudad, buscaban todos ocasión de complacerme; de modo que muy pronto se me miró como si fuera natural de la isla, más bien que como extranjero.

A poco de estar en la isla, noté con gran extrañeza que

todo el mundo, incluso el mismo Rey, montaba á caballo sin estribos. Preguntéle un día al Rey por qué no se servía de aquellas comodidades; á lo que él me respondió que le hablaba de cosas cuyo uso se ignoraba en sus Estados.

Fuíme á casa de un carpintero; y le mandé trabajar la madera para una silla, según el modelo que le presenté; concluído el armazón, lo guarnecí de borra y cuero, y lo adorné con una franja de oro. Luego me dirigí á un herrero, que me hizo un freno por el molde que le dí, y después le mandé también hacer unos estribos.

Cuando estuvieron acabadas todas estas cosas, se las presenté al Rey, é hice el ensayo de ellas en uno de sus caballos; montólo el Príncipe, y quedó tan satisfecho de mi invención, que me dió pruebas de su júbilo con grandes liberalidades. No pude excusarme de hacer muchas sillas dedicadas á los caballos de los Ministros y para los principales oficiales de la casa real; los cuales me hicieron grandes regalos, que me enriquecieron en poco tiempo. Hícelas también para las personas más notables de la ciudad, lo que me produjo gran reputación, y fué causa de que todo el mundo me respetase.

—Simbad—me dijo un día el Rey,—ya sabes que te aprecio, y todos aquellos de mis súbditos que te conocen, te respetan: voy á pedirte un favor.

—Señor—le respondí—nada hay que no esté dispuesto á hacer para manifestar mi obediencia.

—Quiero casarte—replicó el Rey—á fin de que el matri-

monio te detenga en mis Estados y no te acuerdes más de tu patria.

No me atreví á contradecir al Príncipe, el cual me dió por mujer una señora de su corte, noble, hermosa, discreta y rica. Después de la ceremonia de las bodas me establecí en casa de mi mujer, con la que viví algún tiempo en perfecta unión, pero sin que por eso estuviese contento con mi suerte.

Tenía intención de escaparme á la primera ocasión que encontrase y volver á Bagdad, cuya memoria no podía hacerme perder mi posición, á pesar de ser tan risueña.

Poco tiempo después de mi matrimonio cayó enferma y murió la mujer de un vecino mío, con quien había contraído gran amistad.

Fuí á su casa con el fin de consolarle; y hallándole sumergido en la mayor tristeza, le dije:

—Dios le conserve y le dé una larga vida.

—¿Cómo quiere usted—me respondió—que obtenga la gracia que me desea, si no tengo más que una hora de vida?

—Espero que no sucederá tal desgracia, y que tendré el placer de verle por largo tiempo.

—Por lo que á mí toca, ya se acabó todo para mí, pues ha de saber que hoy me entierran con mi mujer. Tal es la costumbre que nuestros antepasados establecieron en esta isla, y que se ha conservado inviolablemente. El marido vivo se entierra con la mujer muerta; nada es capaz de salvarme; todo el mundo está sujeto á esta ley.

Aun me estaba contando esta extraña barbarie, cuya noticia me causó un cruel espanto, cuando llegaron los parientes, amigos y vecinos para asistir á los funerales; vistieron el cadáver de la mujer con los vestidos más ricos, como el día de las bodas, y lo adornaron con todas sus joyas.

Pusiéronle luego en un féretro descubierto, y comenzó á caminar el acompañamiento del entierro, yendo á la cabeza del duelo, é inmediato al cuerpo de su mujer, el marido. Dirigiéronse á una montaña que había á la salida de la ciudad, y así que hubieron llegado á ella, levantaron una gran piedra, que cubría la abertura de un pozo, al cual bajaron el cadáver sin quitarle sus vestidos ni sus joyas; después abrazó el marido á sus parientes y amigos, se dejó poner sin resistencia en un ataúd, con un jarro de agua y algunos panes y algo de comida. Bajáronlo, después de una lúgubre y ridícula ceremonia, de la misma manera que habían bajado á su mujer. La montaña se extendía á lo largo y servía de límites al mar; el pozo era muy profundo. Enterrados la muerta y el vivo, pusieron la piedra en la abertura, yolvimos todos á la ciudad.

No hay necesidad, señores, de que diga á ustedes la tristeza que me causaron semejantes funerales, que á las demás personas que asistieron á ellos apenas les hicieron impresión alguna, por el hábito de ver con frecuencia aquello mismo.

—Señor—dije al Rey en la primera ocasión que tuve—

estoy extraordinariamente admirado de una costumbre de que ayer me he enterado, y que por lo que veo se observa en los Estados de Vuestra Majestad, y es la de enterrar á los vivos con los muertos; yo he viajado mucho, he tratado con gente de infinitas naciones, y jamás he oído hablar de semejante barbaridad.

—Simbad—me replicó—esa es una ley general, á la que está sometido desde el esclavo al Rey. Así es que á mí me enterrarán vivo con la Reina, mi esposa, si muere antes que yo.

—Señor—le pregunté—¿están obligados á observar esta costumbre los extranjeros?

Sonrióse el Rey al oír mi pregunta, á la que contestó:

—Los extranjeros que contraen matrimonio en esta isla están sujetos á la misma ley que los naturales.

Volví á mi casa contristado con el conocimiento de tales cosas, temiendo que mi mujer muriese la primera y me enterrasen vivo con ella; ¿qué medio podía yo emplear para remediar semejante mal? Fué preciso tener paciencia y resignarme á la voluntad de Dios.

Á la más leve indisposición de mi mujer temblaba como un lazarino. Pronto tuve que apurar hasta las últimas heces del cáliz de mi amargura. Mi esposa cayó gravemente enferma, y murió pocos días después.

Pueden ustedes juzgar cuál sería mi dolor. Ser enterrado vivo me parecía una manera de morir tan deplorable como

ia de ser devorado por los antropófagos, y, sin embargo, era preciso pasar por ello. El Rey, acompañado con toda su corte, quiso honrarme presidiendo el duelo, y las personas más notables de la ciudad me hicieron también el honor de asistir á la horrible ceremonia de enterrarme vivo.

Cuando todo estuvo preparado, pusieron el cuerpo de mi mujer en un féretro con todas sus joyas y sus más magníficos vestidos, y comenzó á andar la comitiva. Como parte principal en aquella lastimosa tragedia, seguía inmediatamente al cuerpo de mi mujer, con los ojos llenos de lágrimas, deplorando mi triste destino. Antes de llegar á la montaña, queriendo tentar fortuna, me incliné ante el Rey y la comitiva hasta el suelo, para besar la falda de su vestido, suplicándoles que me compadeciesen.

—Consideren ustedes—les dije—que yo soy un extranjero, que no debo estar sujeto á una ley tan rigurosa, y que tengo mujer é hijos en mi país.

A pesar de que pronuncié estas palabras con tono patético, á nadie enternecieron; antes por el contrario se apresuraron á bajar al pozo el cuerpo de mi esposa, y un momento después me bajaron á mí en otro féretro descubierto, con un jarro lleno de agua y siete panecillos. En fin, después de haberse acabado esta ceremonia, pusieron la piedra sobre la abertura del pozo, sin escuchar mi llanto, mis quejas ni los gritos que daba.

Conforme me iba acercando al fondo, descubría, á favor

de la poca luz que se introducía de lo alto, la disposición de aquel lugar subterráneo. Era una gruta, que tenía unos cincuenta pies de profundidad, y de la que salía un hedor insostenible; á derecha é izquierda se veían multitud de cadáveres, y aun creí oír á algunos de los últimos que habían bajado dar los últimos suspiros. Cuando descansó el féretro en tierra, salí inmediatamente de él, y me alejé de los cadáveres tapándome las narices, me arrojé al suelo y lloré desconsoladamente largo tiempo.

Es cierto que Dios dispone de nosotros según los decretos de su providencia; pero ¿no tengo yo la culpa de verme reducido á morir de un modo tan extraño? Pluguiese al cielo que hubiese perecido en alguno de aquellos naufragios de que me he librado; no tendría que morir de una muerte tan lenta y tan terrible. ¡Ah, desgraciado, más me hubiera valido permanecer en casa, y gozar tranquilamente del fruto de mis trabajos!

Tales eran las inútiles quejas con que atronaba la gruta, hiriéndome la cabeza y el pecho de rabia y desesperación, y abandonándome enteramente á los más dolorosos pensamientos. Sin embargo, por más miserable que fuese el estado en que me veía, sentí en mí el amor á la vida, amor que me indujo á prolongar mis días; por lo que me fui á tientas, y tapándome las narices, á tomar el pan y el agua que había en mi féretro, y comí de él.

Aunque reinaba en la gruta una obscuridad tan profunda

que no se distinguía el día de la noche, no dejé de encontrar mi féretro, y me pareció que la gruta era más espaciosa y estaba más llena de cadáveres que al principio había creído, Viví algunos días alimentándome de pan y agua; pero una vez concluídas mis provisiones, me preparaba á morir, y para retardar cuanto pudier^e los malos días, comí la mitad que en días anteriores.

Ya no tenía esperanzas de salvación, cuando levantaron la piedra, y vi que bajaban un cadáver y con él una persona viva; el muerto era un hombre. En los grandes apuros parece cosa natural se tomen resoluciones extremas; así es que, al tiempo que bajaban á la mujer, me aproximé al sitio en que debía caer su ataúd, y cuando advertí que habían tapado la abertura del pozo, la di á la infeliz dos ó tres golpes en la cabeza con un hueso de que me había apoderado.

Quedó muerta; y como no cometía esta acción inhumana sino para aprovecharme del pan y del agua que había en su féretro, tuve provisiones para algunos días, al cabo de los cuales volvieron á bajar una mujer muerta y un hombre vivo; maté al hombre de la misma manera, y como hubo, por dicha mía, una especie de mortandad en la ciudad, no me faltaron víveres, valiéndome siempre del mismo ardid.

Un día oí no lejos de mí soplar y andar; me adelanté por el lado de donde se sentía el ruido; oí resollar con fuerza, y me pareció entrever alguna cosa que emprendía la fuga.



Para aprovecharme del pan y del agua.....

Seguí aquella especie de sombra, que se detenía de cuando en cuando y resollaba, siempre huyendo á medida que me iba aproximando. Seguía durante un gran rato, y fuí tan lejos, que al fin advertí una luz que parecía una estrella. Seguí caminando hacia aquella luz, perdiéndola de vista algunas veces, según los obstáculos que me la ocultaban; pero pronto volvía á encontrarla, hasta que al fin descubrí una abertura en la roca, bastante ancha para pasar por ella.

En vista de este descubrimiento, me detuve un momento para reponerme de la violenta emoción que acababa de experimentar, y habiéndome adelantado hasta la abertura, salí por ella y me encontré en la orilla del mar. Tal fué el exceso de mi júbilo, como ustedes pueden figurarse, que me costó trabajo el persuadirme no era ilusión.

Examiné la montaña, y vi que estaba situada entre la ciudad y el mar, sin comunicación con ningún camino, porque era de tal manera escarpada, que la naturaleza la había hecho inaccesible. Me arrodillé sobre la playa para dar gracias á Dios por la merced que acababa de hacerme, y luego entré en la gruta para ir á tomar pan, que volví á comer á la claridad de la luna, con mejor apetito del que había tenido desde que me habían enterrado en aquel lugar de tinieblas.

Volví todavía á introducirme en la gruta, y fuí á recoger á tientas en los féretros todos los diamantes, rubíes, perlas, brazaletes de oro, todas las telas que encontré á mano, y fuílas llevando á la orilla del mar. Hice con estos objetos

muchos fardos, y después de atados bien con las cuerdas que había en la gruta y que sirvieron para bajar los féretros, los saqué y los dejé en la playa, esperando que Dios me proporcionaría ocasión para embarcarme sin temor de que sufriesen desperfectos, porque no era la estación de las lluvias.

Al cabo de dos ó tres días vi un navío que acababa de salir del puerto, y que vino á pasar cerca del sitio en que yo estaba; le hice señas con el lienzo de mi turbante, gritando al mismo tiempo cuanto podía para que me oyesen, y habiendo visto las señales, me enviaron la lancha para recogerme. Preguntándome los marineros por qué desgracia me encontraba en aquel sitio, respondí que me había salvado de un naufragio hacía dos días con los fardos que estaban viendo. Por fortuna, sin examinar aquellas gentes el sitio en que me encontraba, ni si era verosímil lo que yo les decia, se dieron por satisfechas con mi respuesta y me llevaron al navío juntamente con mis fardos.

Cuando llegamos á bordo, satisfecho el capitán del servicio que me hacía, y ocupado del mando del buque, tuvo la bondad de dar crédito á mi pretendido naufragio; le ofrecí en pago de mi pasaje algunas de mis piedras preciosas; pero no quiso aceptarlas.

Pasamos por delante de muchas islas, y entre otras, por delante de las Campanas, distante diez días de navegación de la de Serendib, con buen viento, y seis de la isla de Kela,

en la que abordamos. En esta isla hay minas de plomo, cañas de Indias y alcanfor muy excelente.

El Rey de la isla de Kela es muy rico y poderoso, y su autoridad se extiende á todas las islas de las Campanas, que tienen dos jornadas de extensión, y cuyos habitantes son tan bárbaros como los que comen carne humana. Después que hubimos hecho algunos negocios en aquellas islas, nos volvimos á dar á la vela y abordamos en otros muchos puertos. Llegué por fin felizmente á Bagdad con infinitas riquezas. Para dar gracias á Dios de los beneficios que me había dispensado, hice grandes limosnas, y me dediqué enteramente á mis parientes y amigos, divirtiéndome y partiendo con ellos mi mesa.

Los placeres de la vida regalada borraron una vez más de mi memoria las penas y los tormentos que había sufrido, haciendo renacer los deseos de emprender nuevos viajes. Compré géneros, que hice enfardar y cargar en carruajes, y partí con ellos, dirigiéndome al primer puerto de mar, en el que, á fin de no depender de un capitán y tener un buque á mi disposición, me entretuve en hacer construir y equipar uno á mis expensas. Cuando estuvo acabado le hice cargar, y me embarqué en él; y como no tenía carga suficiente para ocuparlo todo, recibí á muchos comerciantes de diferentes naciones.

El primer día de viento favorable que tuvimos se emprendió el viaje, y después de una larga navegación, abor-

damos en una isla desierta, en donde encontramos el huevo de un roc de un tamaño semejante al de que me han oído ustedes hablar, y que contenía un pollo pronto ya á salir del cascarón.

Los comerciantes rompieron el huevo á hachazos, haciendo en él una abertura, por donde sacaron á pedazos la cría del roc, y lo hicieron asar, á pesar de mis órdenes para que no tocasen al huevo; pero no quisieron escucharme.

No bien hubieron acabado el banquete que se habían proporcionado, cuando se presentaron en el aire, á bastante distancia de nosotros, dos gruesas nubes. El capitán, sabiendo por experiencia lo que aquello significaba, dijo que eran los padres del roc, y nos mandó que volviéramos al buque lo más pronto posible, para evitar la desgracia que estaba previendo. Nos apresuramos á seguir su consejo, y nos dimos á la vela precipitadamente.

Mientras tanto se aproximaron los dos enormes pájaros dando espantosos graznidos, que redoblaron cuando vieron el huevo roto y que no estaba en el cascarón su cría. Volvieron á alzar el vuelo y desaparecieron mientras procurábamos alejarnos en prevención de lo que no por eso dejó de sucedernos.

Volvieron, trayendo cada uno entre sus garras un trozo de roca de un tamaño enorme, y cuando estuvieron sobre nuestro buque detuvieron su vuelo, y sosteniéndose en el aire, dejó el uno caer el trozo de roca que traía; pero gra-

cias á la destreza del timonel, que hizo dar una bordada al buque, cayó á nuestro lado en el mar, con tanta fuerza, que al golpe se abrió de tal modo, que casi vimos el fondo. Por desgracia, el otro pájaro dejó caer su peñasco en medio del buque, con tanto acierto, que le rompió en mil pedazos. Todos los marineros y pasajeros fueron machacados ó sumergidos; yo fuí del número de estos últimos; pero saliendo otra vez sobre el agua, tuve la dicha de agarrarme á una tabla que flotaba, y sin dejarla un momento y ayudándome tan pronto con una mano como con otra, favorecido por el viento y la corriente, llegué por fin á una isla, cuya costa era muy escarpada; dificultad que pude vencer, sin embargo, y me salvé.

Me senté sobre la hierba para reponerme de la fatiga que me había producido el viaje, y así que hube dormido un rato, me fuí hacia el interior de la isla para reconocer el terreno. Me pareció que me hallaba en un jardín delicioso; por todas partes veía árboles cargados de frutas maduras y arroyos de una agua dulce y cristalina. Comí de aquellas frutas, que me parecieron excelentes, y bebí de aquella agua, que me convidaba á repetir.

Cuando llegó la noche, me acosté sobre la hierba en un sitio bastante cómodo; pero no pude dormir una hora seguida, pues interrumpía con frecuencia mi sueño el espanto que me causaba verme solo en un sitio tan desierto. Empleé la mayor parte de la noche en meditar acerca de la impru-

dencia que había cometido al emprender este viaje, desesperarán tome tanto la reflexión de mi imprudente afán de viajar, que llegué á pensar seriamente en quitarme la vida. La luz del día disminuyó mi desesperación; me levanté y comencé á andar por entre los árboles, no sin temor de que me sucediera alguna desgracia.

No lejos de la costa vi á un viejo, que me pareció muy enfermo, sentado en la orilla de un arroyo; suponiendo que fuese alguno que había naufragado como yo, me acerqué á él y le saludé, á lo que me contestó tan solamente con una inclinación de cabeza. Le pregunté qué hacía allí; pero en lugar de responderme, me hizo señas que lo cargase sobre mis hombros y lo pasase al otro lado del río.

Creí que tenía necesidad de que le hiciese aquel servicio; lo tomé sobre mi espalda, pasé el río, y luego le dije que bajase, inclinándome de modo que pudiese hacerlo con más facilidad. Pero en lugar de dejarse caer al suelo (no puedo dejar de reirme cada vez que me acuerdo), el tal viejo pasó ligeramente alrededor de mi cuello sus dos piernas, cuya piel vi se parecía á la de una vaca, y se puso á horcajadas sobre mis hombros, apretándome con tanta fuerza la garganta, que á poco más me ahoga, y de tal modo me sobrecogió el espanto, que caí desmayado.....

Á pesar de mi desmayo, el infame viejo continuó agarrado á mi cuello, separando solamente un poco sus piernas para que pudiera respirar. Cuando hube recobrado mi espí-

ritu, apoyó fuertemente contra mi estómago uno de sus pies, y pegándome rudamente con el otro en el costado, me obligó á levantarme á pesar mío. Cuando estuve de pie me hizo andar por debajo de los árboles, haciendo que me detuviese de vez en cuando para recoger y comer las frutas que encontrábamos. De día no abandonaba su presa, y cuando por la noche quería descansar, hacía que me tendiese, teniéndome siempre agarrado por el cuello. Todas las mañanas, para despertarme, me empujaba y me hacía levantar arreándome con los pies. Figúrense ustedes la pena que tendría al verme cargado con aquel peso sin poder desprenderme de él.

Un día encontré por el camino muchas calabazas secas, cogí una bastante gorda, y después de haberla limpiado bien, exprimí dentro el jugo de muchos racimos de uvas, fruto que producía la isla en abundancia y que encontrábamos á cada paso. Cuando la hube llenado, la puse en un sitio á propósito, al cual tuve la destreza de hacerme llevar por el viejo algunos días después. Cuando llegué á él, cogí la calabaza, y bebí un excelente vino, que me hizo olvidar el disgusto que me abrumaba, hasta el punto de ponerme á cantar y saltar cuando caminaba.

El viejo, que notó el efecto que había producido en mí aquella bebida, y viendo que lo llevaba con más ligereza de la acostumbrada, me hizo señas que le diese de beber, y habiendo tomado la calabaza, que le presenté, le pareció tai.

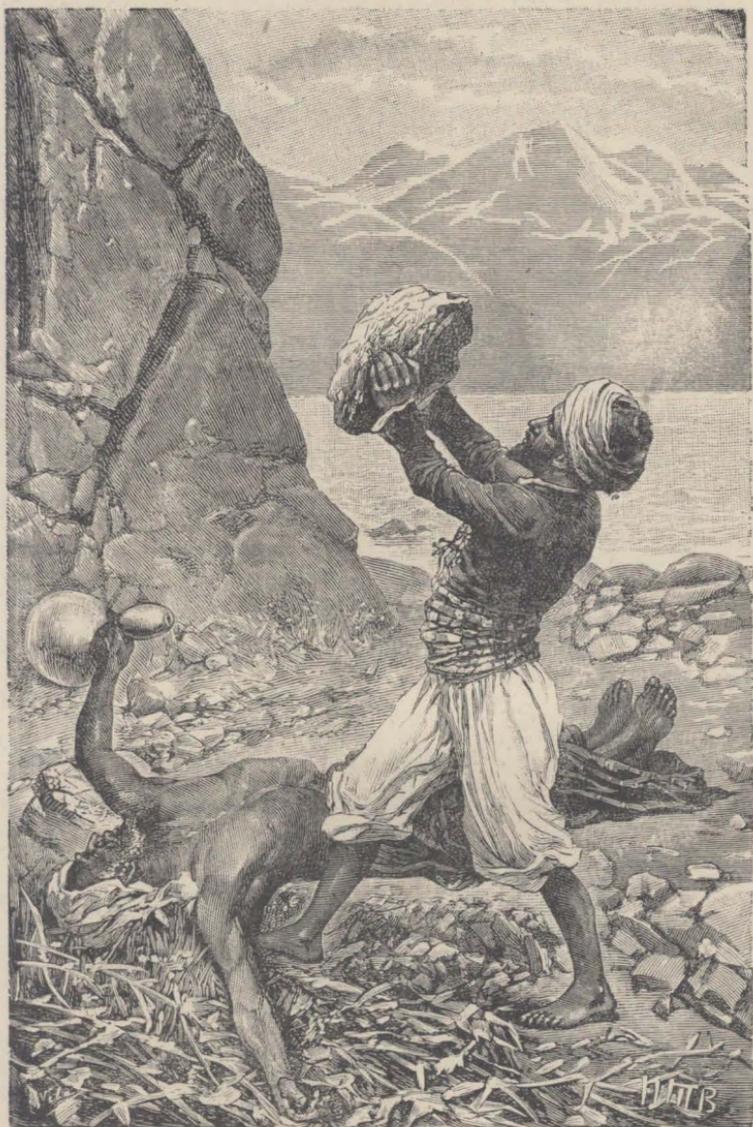
agradable aquel licor, que lo apuró hasta no dejar gota. Había bastante cantidad para embriagarse, y se embriagó hasta el punto de que, subiéndosele el vino á la cabeza, comenzó á cantar á su modo y á zarandearse sobre mis hombros. Sus piernas se fueron aflojando poco á poco, y viendo que ya no me apretaba, le arrojé al suelo, y habiendo quedado sin movimiento, tomé una gran piedra y con ella le machaqué la cabeza.

Así me libré para siempre de aquel maldito viejo, y caminé hacia la orilla del mar, en donde encontré las gentes de un navío que estaban haciendo aguada y tomando algún refresco. Quedaron muy admiradas de verme, y al oír el pormenor de mi aventura, me dijeron:

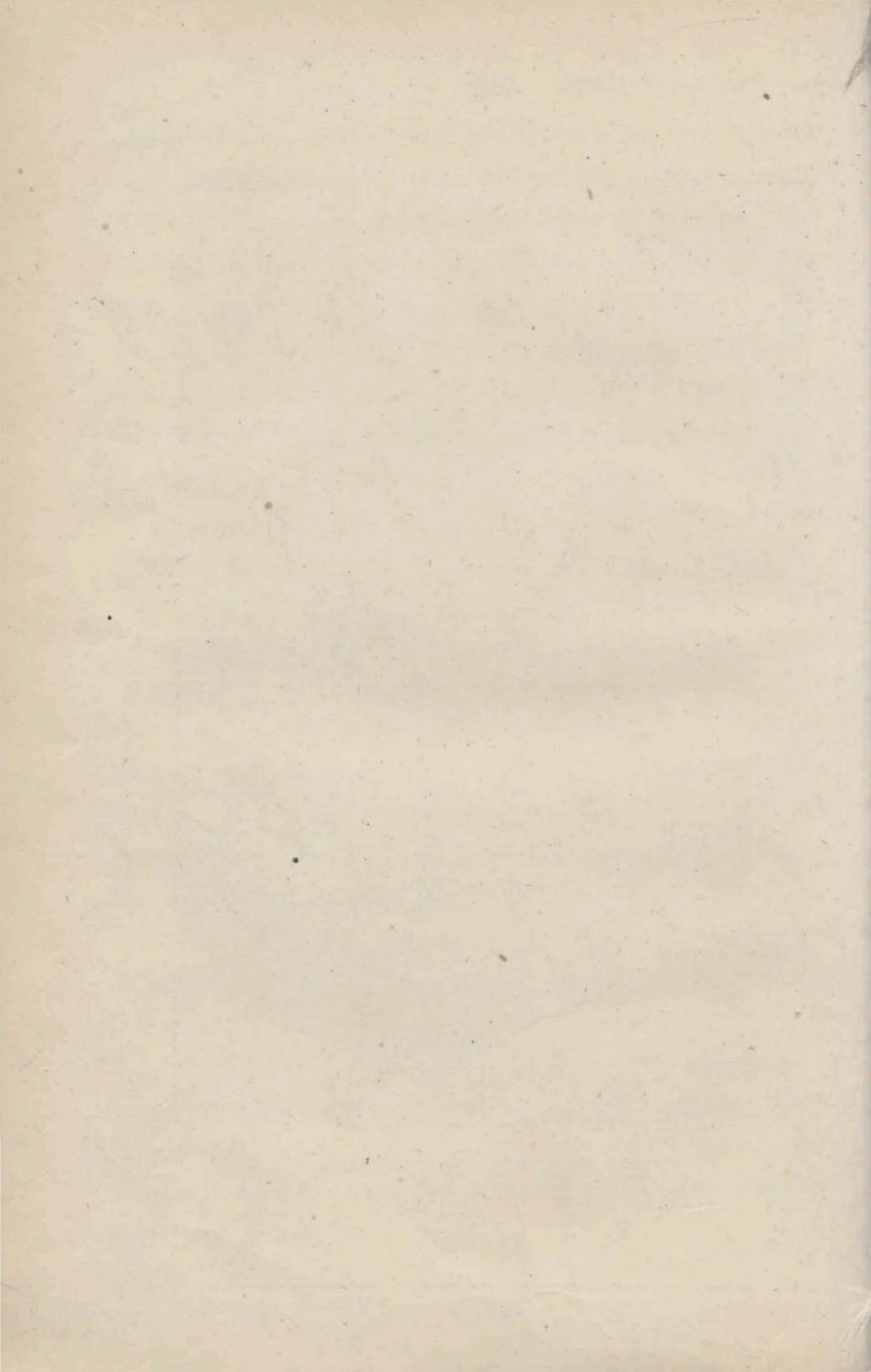
—Había caído usted en poder del Viejo del Mar, y es el primero á quien no ha ahogado, pues no se ha dado el caso de que haya abandonado á sus víctimas hasta después de haberles sofocado, haciendo famosa esta isla por el número de náufragos que en ella han muerto; de tal modo, que los marineros y comerciantes que desembarcan aquí, no se atreven á internarse.

Me llevaron con ellos al buque, cuyo capitán se alegró de recibirme á bordo cuando supo lo que me había sucedido. Después de algunos días de navegación, anclamos en el puerto de una gran ciudad, cuyas casas estaban construídas con buena piedra.

Uno de los comerciantes del navío, que había contraído



Y habiendo quedado sin movimiento....



amistad conmigo, me obligó a que le acompañase, y me condujo á un alojamiento destinado á servir de asilo á los mercaderes extranjeros. Me dió un saco, y suplicó á algunas gentes de la ciudad que me llevasen á recoger cocos, con lo que podía ganar mi vida.

—Vaya usted con estos señores—me dijo;—sígalos, y haga lo que les vea hacer, sin separarse de ellos, porque peligraría su vida.

Dióme víveres con que alimentarme aquel día, y partí con aquellas buenas gentes.

Llegamos á una gran selva, cuyos árboles eran sumamente altos y rectos, y cuyo tronco era tan liso, que no era posible agarrarse á él para subir hasta las ramas en que estaba el fruto. Todos los árboles eran cocos, cuyo fruto queríamos derribar y llenar de él nuestro saco. Al entrar en la selva vimos un gran número de monos de todos tamaños, que al divisarnos echaron á correr y subieron á la copa de los árboles con extraordinaria ligereza.

Los comerciantes con quienes yo estaba cogieron algunas piedras y tiraron con ellas á los monos á lo alto de los árboles, y siguiendo yo su ejemplo, vi que los monos contestaban á nuestra agresión arrojándonos los cocos que tenían á mano, haciendo gestos que manifestaban su cólera y animosidad. Recogíamos nosotros los cocos, y repetíamos de cuando en cuando nuestras pedradas para irritar á los monos, con lo cual llenamos los sacos de aquel fruto.

Una vez conseguido nuestro objeto, volvimos con ellos á la ciudad, en donde el comerciante que me había enviado á la selva me compró y pagó los cocos que yo había traído, rogándome que todos los días hiciese otro tanto hasta que ganase con qué volver á mi casa. Dile las gracias por el consejo que me daba, é insensiblemente fuí reuniendo tan gran montón de cocos, que con ellos gané una suma considerable.

El buque que me había recogido se había hecho á la vela, por lo que tuve que esperar á que tocase en aquel puerto otro. En el primero que vino hice embarcar todos los cocos que me pertenecían, y cuando estuvo dispuesto para partir fui á despedirme del comerciante á quien debía tantos favores.

Nos dimos á la vela, haciendo rumbo á la isla de Comari, que produce la mejor especie de madera de aloe. Cambié en ella mis cocos por pimienta y madera de aloe, y de allí me fuí en compañía de otros comerciantes á la pesca de perlas, y tomando buzos asalariados por mi cuenta, tuve la fortuna de que recogiesen para mí gran número de ellas muy gruesas y perfectas. Embarquéme muy contento en un navío que llegó con toda felicidad á Balsora; de allí me vine á Bagdad, en donde vendí con ventaja la pimienta, la madera de aloe y las perlas que había traído. Distribuí en limosnas la décima parte de mis ganancias, y procuré descansar y reponerme de mis fatigas con toda suerte de diversiones.

Después de un año de descanso me preparé á hacer un nuevo viaje, á pesar de las súplicas de mis parientes y amigos, que hicieron cuanto pudieron por detenerme.

En lugar de emprender mi marcha por el golfo Pérsico, atravesé muchas provincias de la Persia y de las Indias, y llegué á un puerto de mar, en que me embarqué en un buen buque, cuyo capitán estaba resuelto á hacer una larga travesía. Algunos meses después de nuestra partida, el capitán y el piloto perdieron el rumbo, hasta el punto de ignorar en donde nos hallábamos. Estudiaron sus cartas, y después de algunas horas, vimos con gran asombro al capitán abandonar su puesto dando gritos. Arrojó su turbante al suelo, se arrancó la barba y se dió golpes en la cabeza, como un hombre á quien la desesperación ha vuelto loco. Preguntámosle por qué se afligía de aquella manera, y su respuesta fué anunciarnos que estábamos en el paraje más peligroso de todos los mares; que una corriente rápida arrebatava el navío, y que íbamos á perecer todos.

—Rueguen ustedes á Dios—dijo—que nos libre de este peligro, que no podemos evitar los mortales.

Dicho esto, dió orden de que se recogiesen las velas; pero se rompieron las jarcias en la maniobra, y sin que fuese posible evitarlo fué arrastrado el buque por la corriente al pie de una montaña inaccesible, en donde encalló y se hizo pedazos; sin embargo, pudimos salvarnos todos, y tuvimos aun tiempo de desembarcar los víveres y las más preciosas mercancías.

Después nos dijo el capitán:

—Dios acaba de hacer, como siempre, su santa voluntad; ya podemos abrir aquí nuestra sepultura, y dar el último adiós á la patria y á la vida, porque nos hallamos en un sitio tan funesto, que de cuantos han sido arrojados á él antes que nosotros, ninguno ha vuelto á su casa.

Este discurso produjo en todos una aficción mortal, y nos abrazamos mutuamente con lágrimas en los ojos, deplorando nuestra desgraciada suerte.

La montaña á cuyo pie nos hallábamos formaba la costa de una isla muy larga y extensa, y toda ella estaba llena de despojos de buques náufragos. Veíase también gran cantidad de mercancías y riquezas esparcidas por aquellas playas inhospitalarias, que se presentaban á nuestra vista por todas partes, lo que aumentó el desconsuelo y aficción en que nos hallábamos. Al contrario de lo que en todas partes sucede, es decir, que los ríos abandonen la tierra para precipitarse en el mar, sucedía aquí; un río muy caudaloso de agua dulce se internaba en el mar, y penetraba en la costa por una gruta oscura, cuya boca era extremadamente alta y ancha. Ofrecía aquel sitio la particularidad de que las piedras de la montaña eran de cristal, de rubíes y de otras piedras preciosas. Se veía también allí un manantial de betún, que, mezclándose con las aguas del mar, lo tragaban los pescados, volviéndolo enseguida convertido en ámbar gris, que las olas arrojan sobre la playa, que estaba, por esta

causa, cubierta de esta materia. Se veían allí también aloes, que no desmerecían en hermosura á los de la isla Comari.

Para completar la descripción de aquel sitio, debo decir que no es posible que los buques puedan evitar el peligro de ser arrastrados, una vez cerca de la corriente. Si son empujados por el viento del mar, el viento y la corriente los pierde; y si, por el contrario, sopla el viento de tierra, lo que podría favorecerles, la altura de la montaña lo detiene, produciendo una calma que deja obrar á la corriente, que los arrastra hacia la costa, donde se hacen astillas, como le sucedió á nuestro barco; y para colmo de desgracia, no es posible trepar á la cima de la montaña, ni salvarse por ningún sitio.

Permanecimos todos en la costa como gentes que han perdido la esperanza, y estábamos esperando la muerte, que se acercaba á paso de gigante. Habíamos repartido los víveres por partes iguales, y á cada uno vivió más ó menos tiempo que los demás, según el uso que hizo de sus provisiones.

Los que murieron los primeros, prosiguió Simbad, fueron enterrados por los demás, y habiendo yo sobrevivido á todos mis compañeros, les tributé los últimos consuelos; y no debe admiraros esto si os digo que, además de haber economizado mucho las provisiones que me habían tocado en suerte, tenía aun particularmente otras, de las que tuve buen cuidado de no hacer partícipes á mis compañeros. Sin embargo, cuando enterré al último, me quedaban ya tan pocos víveres, que tenía la certeza de que no podría sobrevivir

muchos días á mis últimos compañeros. En este supuesto abrí yo mismo mi sepultura, resuelto á meterme dentro en la hora suprema, puesto que ya no quedaba nadie que me pudiese enterrar. Aseguro á ustedes que al ocuparme de este trabajo no pude dejar de recapacitar que era yo mismo la causa de mi perdición, y me arrepentía tardíamente de haber hecho este último viaje.

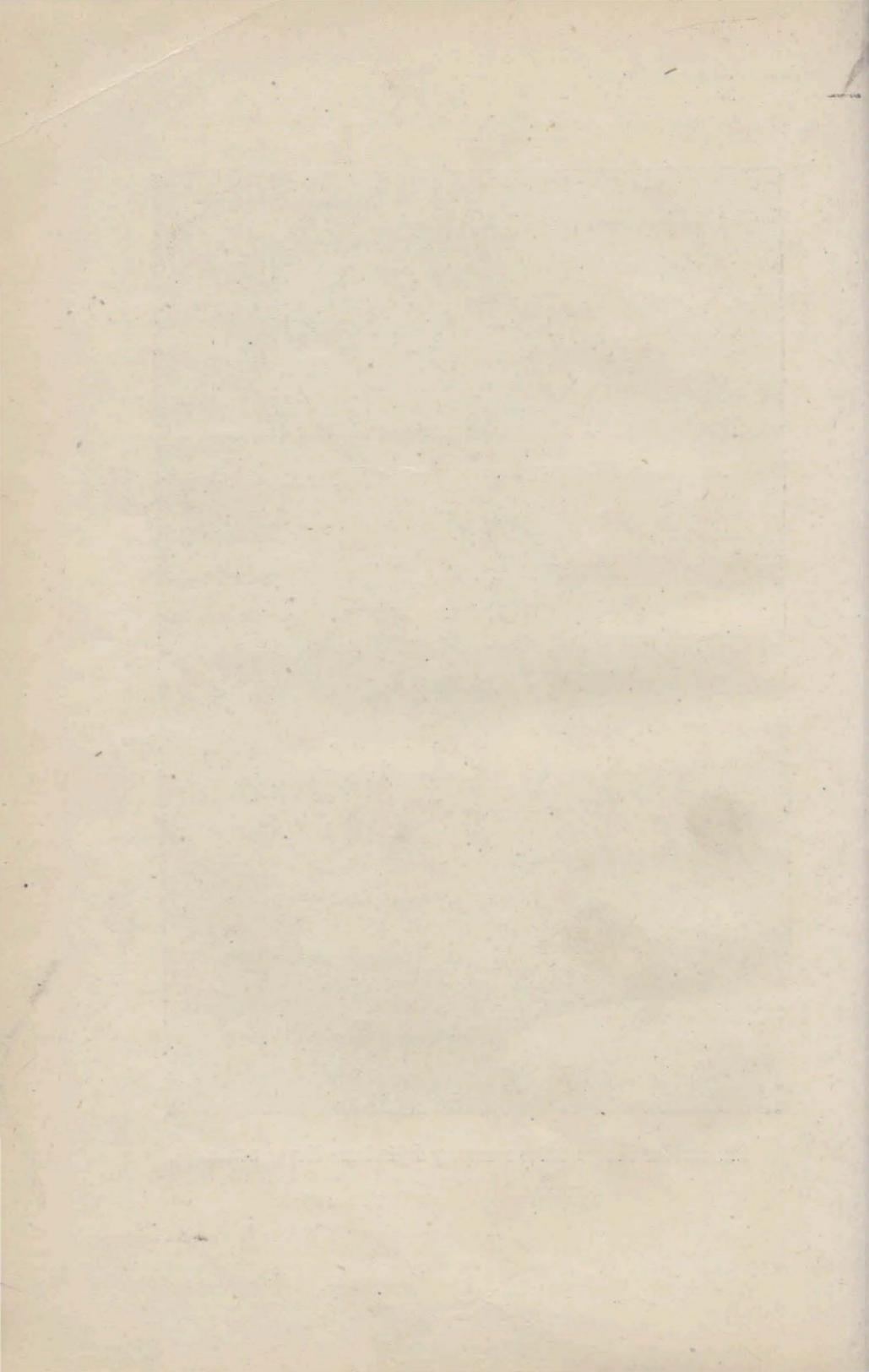
No se había agotado aun la piedad de Dios para conmigo, cuando me inspiró la idea de ir hasta el río, que se introducía por bajo la bóveda de la gruta, y después de haber estado examinándola con mucha atención, dije para mí:

—Por algún sitio debe salir este río que se oculta así bajo la tierra; construyendo una balsa y dejándome llevar sobre ella por la corriente del agua, llegaré á tierra habitada ó pereceré; en último caso, no habré hecho más que cambiar de género de muerte; y si, por el contrario, salgo de este sitio fatal, salvando la vida, quizá halle nueva ocasión de enriquecerme. ¿Quién sabe si me espera la fortuna al salir de este espantoso subterráneo, para indemnizarme con usuras de mi naufragio?

No vacilé un momento, y me puse á construir una balsa con buenas piezas de madera y gruesos cables, ligándolas tan fuertemente, que hice un barquichuelo bastante sólido. Cuando la hube acabado cargué sobre ella algunos fardos de rubíes, de esmeraldas, de ámbar gris, de cristal de roca y de telas preciosas; equilibrando los pesos y habiéndolos



Sin olvidar dos pequeños remos, y dejándome llevar por....



atado bien, me embarqué en la balsa, sin olvidar dos pequeños remos, y dejándome llevar de la corriente del río, me abandoné á la voluntad de Dios.

Desde el momento en que estuve bajo la bóveda, ya no vi más luz; me arrastró la corriente del agua, sin que pudiese notar á dónde me llevaba, y anduve bogando por aquellas obscuridades, sin divisar el menor rayo de luz. Una vez encontré la bóveda tan baja, que faltó poco para que me hiriese la cabeza; lo que hizo que en lo sucesivo pusiese cuidado para evitar semejante peligro. Durante este tiempo no comía más que lo absolutamente necesario para sostener mi vida; pero por más frugalmente que comiese, acabé por consumir mis provisiones. Entonces, sin poderlo resistir, se apoderó de mis sentidos un dulce sueño, cuya duración no puedo determinar, y al despertarme me encontré en una vasta campiña, á orilla de un río, en que estaba atada mi balsa, que estaba rodeada por gran número de negros.

No sabía si creerme despierto ó dormido; pero convencido de que no dormía, exclamé, recitando unos versos árabes que dicen:

«Invoca á la Omnipotencia; ella acudirá á tu socorro, sin necesidad de que te ocupes de otra cosa. Cierra el ojo, y mientras que tú estés durmiendo, Dios cambiará el mal en bien.»

Habiéndome oído hablar así uno de los negros, que comprendía el árabe, se adelantó y tomó la palabra.

—Hermano mío—me dijo—nosotros habitamos esta cam-

piña, y hoy hemos venido, como de costumbre, á regar nuestros campos con el agua del río que sale de la montaña vecina; habiendo notado que sobre el agua flotaba una balsa, uno de nosotros se arrojó á la corriente y la trajo á esta orilla, en donde la hemos detenido y atado como usted la ve. Suplicamos á usted, pues, nos cuente cómo se ha aventurado á entregarse así á merced de esta agua, y de dónde viene.

Yo les supliqué que me diesen primero de comer, y después satisfaría su curiosidad.

Presentáronme muchas clases de manjares, y tan pronto como hube satisfecho la necesidad de alimentarme, les hice una relación fiel de lo que me había sucedido. Cuando hube acabado mi discurso, me dijeron, por medio del intérprete que les había explicado lo que acababa de decir:

—He aquí una historia singular; es preciso que usted informe al Rey de lo ocurrido; la cosa es demasiado extraordinaria para que deba contarla otro que el mismo á quien le ha sucedido.

Yo les contesté que estaba pronto á hacer cuanto quisiesen, é inmediatamente enviaron los negros por un caballo, en el que me hicieron montar; y en tanto que algunos de ellos marchaban delante de mí para enseñarme el camino, los más robustos cargaron sobre sus hombros la balsa, según estaba con los fardos, y siguieron detrás de mí.

No tardamos en llegar á la ciudad de Serendib, que era la

capital de la isla en que nos hallábamos, y habiéndome presentado los negros al Rey, me acerqué al trono en que estaba sentado, y lo saludé prosternándome á sus pies y besando la tierra. El Príncipe me mandó levantar, y haciendo que me acercase, me preguntó cuál era mi nombre; respondíle que me llamaba Simbad, por sobrenombre el marino, á causa de los muchos viajes que había hecho por mar, y añadí que era habitante de la ciudad de Bagdad.

—Pero—me replicó—¿cómo se encuentra usted en mis Estados, y por dónde ha venido usted á ellos?

Sin ocultar nada al Rey, le hice la misma relación que acababan ustedes de oír, sorprendiéndose y admirándose tanto, que mandó se escribiese mi aventura con letras de oro para que se conservara en los archivos de su reino. Se trajo luego la balsa, y habiéndose abierto los fardos en su presencia, quedó admirado al ver la cantidad de madera de aloe y de ámbar gris; pero sobre todo de los rubíes y esmeraldas, porque en todos sus tesoros no había cosa semejante.

Notando que contemplaba mis piedras con placer, é iba examinando sucesivamente las más singulares, me arrodillé de nuevo diciéndole:

—Señor, no solamente está mi persona al servicio de Vuestra Majestad, sino que también la carga de la balsa, y le suplico disponga de ella como de una cosa que le pertenece.

El Rey me contestó sonriéndose:

—Simbad, lejos de mí semejante deseo y la idea de quitar á usted nada de lo que Dios le ha dado. En vez de disminuir sus riquezas, pretendo aumentarlas, y no quiero que salga usted de mis Estados sin que lleve consigo muestras de mi liberalidad.

Encargó á uno de sus oficiales que cuidase de mi persona. El oficial ejecutó con toda fidelidad las órdenes de su amo, é hizo transportar al alojamiento que me destinaron todos los fardos de la balsa.

Todos los días iba yo á ciertas horas á hacer la corte al Rey, empleando lo demás del tiempo en visitar la ciudad y cuanto había en ella digno de curiosidad y estudio.

La isla de Serendib está situada justamente bajo la línea equinoccial, por cuya razón los días y las noches son de doce horas. La capital está situada al extremo de un hermoso valle, en el centro de la isla, y no lejos de este valle se encuentra la montaña más alta del mundo. Esta montaña se ve desde el mar, se descubre á tres jornadas de distancia, y en ella se encuentran rubíes y muchas clases de minerales; todas las rocas son por lo general de esmeril, que es una piedra metálica, de que se hace uso para pulir las piedras preciosas.

En esta isla se pescan perlas en todo lo largo de sus costas y en las embocaduras de sus ríos, y algunos de sus valles producen diamantes. Yo hice por devoción un viaje á la montaña, al sitio en que se supone que Adán fué desterrado después del pecado, y tuve la curiosidad de subir hasta la cima.

Cuando estuve de vuelta en la ciudad, supliqué al Rey me permitiese regresar á mi país, lo que me concedió.

Me obligó á recibir un rico regalo sacado de su tesoro, y cuando fuí á despedirme de él, me honró con el encargo de que llevase otro de gran valor, al que acompañaba una carta para el Comendador de los creyentes, nuestro Soberano, diciéndome:

—Presente usted de mi parte este regalo y esta carta al califa Haroun-Al-Raschild, como prueba de mi amistad.

Tomé el regalo y la carta con respeto, prometiendo ejecutar puntualmente sus órdenes. Antes de que me embarcase envió á buscar el Príncipe al capitán y los comerciantes que debían hacer la navegación conmigo, y les mandó que me tratasen con todas las mayores consideraciones.

La carta del Rey de Serendib estaba escrita en la piel de un animal muy raro. Los caracteres de esta carta eran de lapislá-zuli, y estaba concebida, en lengua india, en estos términos:

«EL REY DE LAS INDIAS, ANTE QUIEN CAMINAN MIL ELEFANTES; QUE HABITA EN UN PALACIO CUYO TECHO BRILLA CON EL RESPLANDOR DE CIEN MIL RUBÍES, Y QUE POSEE EN SU TESORO VEINTE MIL CORONAS ENRIQUECIDAS CON DIAMANTES; AL CALIFA AROUN-AL-RASCHILD.

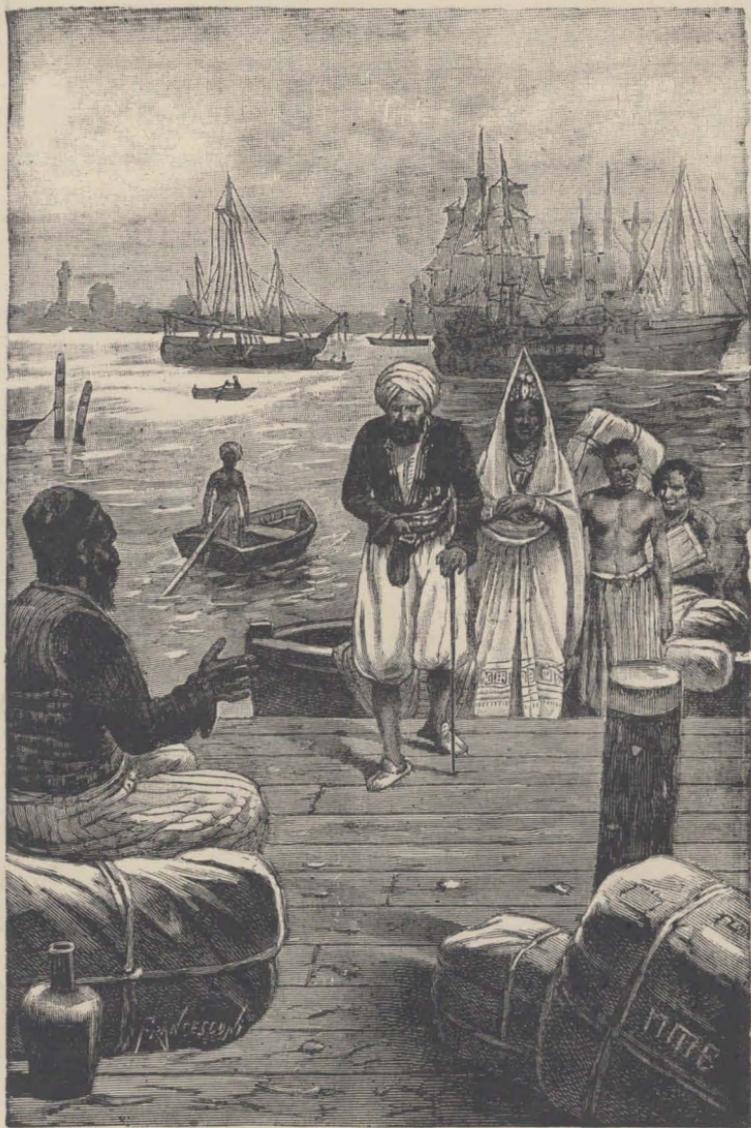
Aunque el regalo que os enviamos no sea de mucha consideración, no dejéis, sin embargo, de recibirlo como

muestra de la amistad que os conservamos en nuestro corazón, y de que con ella os damos testimonio, esperando por vuestra parte iguales sentimientos, en atención á que creemos merecerla. Os conjuramos á ello en calidad de hermano. Adiós.»

El regalo consistía en un vaso de un solo rubí, ahondado y trabajado en forma de copa; tenía ésta medio pie de altura y sus bordes el grueso de un dedo; estaba lleno de perlas muy redondas y de media dracma de peso cada una; una piel de serpiente con escamas del tamaño de una moneda de oro, y cuya propiedad era preservar de enfermedad á los que se acostaban sobre ella; cincuenta mil piezas de madera de aloe con treinta granos de alcanfor del grueso de una nuez, y una esclava de extraordinaria hermosura, cuyos vestidos estaban cubiertos de piedras preciosas.

Nos hicimos á la vela, y después de una larga y feliz navegación, desembarcamos en Balsora, desde donde me dirigí á Bagdad. Lo primero que hice á mi llegada fué desempeñar la comisión de que venía encargado.

Tomé la carta del Rey de Serendib, y fuí á presentarme al Comendador de los creyentes, seguido de la hermosa esclava y de las personas de mi familia que llevaban los regalos que debía entregar; habiendo manifestado el objeto que llevaba, me condujeron ante el Califa. Le hice una reverencia prosternándome, y después de haberle dirigido un pequeño discurso, le presenté la carta y el regalo. Así que



Desembarcamos en Balsora, desde donde me....

hubo leído lo que decía el Rey de Serendib, me preguntó si aquel Príncipe era tan poderoso y rico como manifestaba en su carta.

—Comendador de los creyentes—le respondí—puedo asegurar á V. M. que no exagera sus riquezas. Nada es capaz de causar tanta admiración como la magnificencia de su palacio. Cuando quiere presentarse en público, se le erige un trono, en el que se sienta, y marcha, sobre un elefante, entre dos filas compuestas de sus ministros, favoritos y otras personas de su corte. Delante de él, sobre el mismo elefante, lleva un oficial una lanza de oro en la mano, y detrás del trono otro oficial de pie lleva una columna de oro, sobre la que hay una esmeralda como de medio pie de largo. Le precede una guardia de mil hombres vestidos de paño de seda y oro, que van montados sobre elefantes ricamente enjaezados. Durante la marcha del Rey, el oficial que está sobre el mismo elefante grita de vez en cuando:

«He aquí el gran Monarca, el poderoso Sultán de las Indias, cuyo palacio está cubierto de cien mil rubíes, y que posee veinte mil coronas de diamantes. He aquí un Monarca más grande que el gran Solimán y el gran Mihrage.»

Después de pronunciadas estas palabras, el oficial que va detrás del trono grita á su turno:

«Este Monarca tan poderoso ha de morir, ha de morir, ha de morir.»

El oficial de delante vuelve á gritar:

«Alabado sea el que vive y no muere.»

Además de esto, es tan justo el Rey de Serendib, que no hay jueces en sus Estados, pues no tienen necesidad de ellos sus pueblos. Saben y observan por sí mismos con toda exactitud las leyes, sin apartarse jamás de sus deberes; por lo que son inútiles entre ellos los tribunales y los magistrados. Quedó muy satisfecho el Califa de mi discurso, y dijo:

—En la carta de ese Príncipe se echa de ver su discreción; es digna de sus pueblos, y sus pueblos dignos de ella; dicho lo cual, me despidió, haciéndome un rico presente.

De vuelta de mi sexto viaje abandoné absolutamente el pensamiento de emprender otros, pues que me hallaba ya en esa edad en que sólo se desea el descanso, y me había propuesto no volver á exponerme á los peligros que había corrido tantas veces; así es que sólo pensaba en pasar tranquilamente el resto de mi vida. Un día en que festejaba á varios amigos, vino á avisarme un criado mío, que un oficial del Califa preguntaba por mí; y habiendo dejado la mesa, le salí al encuentro, y me dijo:

—El Califa me ha encargado venga á decir á usted que quiere hablarle.

Seguí á palacio al oficial que me presentó al Príncipe.

—Simbad—me dijo—es necesario que lleve mi respuesta y mis regalos al Rey de Serendib; es muy justo que corresponda á la cortesanía que ha usado conmigo.

El mandato del Califa me dejó anonadado. Así fué que le contesté:

—Comendador de los creyentes, estoy pronto á ejecutar cuanto ordene V. M.; pero le suplico humildemente se haga cargo que estoy muy cansado de las fatigas que he sufrido, y tanto, que había hecho voto de no salir jamás de Bagdad. Con tal motivo, le hice una relación detallada de mis aventuras, que tuvo la paciencia de escuchar hasta el fin. Cuando hube acabado de hablar, me dijo:

—Confieso que son muy extraordinarias las aventuras que me ha contado; pero es necesario hacer dicho viaje para complacerme. No se trata más que de ir á la isla de Serendib.

Como vi que el Califa exigía de mí este sacrificio, le respondí que estaba pronto á obedecerle, de lo que quedó muy complacido, y mandó que me diesen mil cequies para los gastos del viaje.

En pocos días me preparé para el viaje, antes de emprender el cual me fueron entregados los regalos del Califa con una carta escrita de su propia mano. Partí, tomando el camino de Balsora, en donde me embarqué. Llegué á la isla de Serendib después de una navegación feliz, y habiendo hecho presente á los ministros la comisión que llevaba, supliqué me concediese el Rey una audiencia: obtenida ésta, me condujeron á palacio con la mayor consideración, y arrodillándome, según es costumbre, saludé al Rey.

Al punto me reconoció el Príncipe, y manifestó su contento por verme otra vez en sus Estados.

—¡Ah! Simbad, sea usted bien venido. Me he acordado muchas veces de usted desde su partida.

Después de haberle dado las gracias por la bondad con que me trataba, le presenté la carta y los regalos del Califa, que recibió con todas las muestras de la mayor satisfacción.

Nuestro Soberano le enviaba una cama completa con cubierta de paño de oro, valuada en mil cequíes; cincuenta vestidos de tela muy rica; otros ciento de tela blanca de las más finas del Cairo, de Suez, de Alejandría y de Jafa; otra cama carmesí; un vaso de ágata, cuya abertura era de medio pie, en cuyo fondo se veía un bajorrelieve representando un hombre con la rodilla en tierra, apuntando un arco y una flecha, pronto á disparar contra un león, y, por último, le enviaba una mesa que se suponía perteneció al gran Salomón. La carta del Califa estaba concebida en estos términos:

«AL PODEROSO Y FELIZ SULTÁN DE SERENDIB, DE PARTE DE
ABDALLA HAROUN-AL-RASCHILD, Á QUIEN DIOS HA COLO-
CADO EN EL LUGAR DE LA DICHA DESPUÉS DE SUS ANTEPA-
SADOS DE FELIZ MEMORIA.

»Hemos recibido con alegría vuestra carta, y os enviamos ésta, esperando que será grata, pues es la muestra de nuestra atención y afecto. Adiós.»

Admirado quedó el Rey de Serendib al ver que el Califa correspondía á la amistad que éi le habia manifestado. Poco tiempo después de esta audiencia solicité la de mi despedida, en la que me hizo el Rey un magnífico regalo. Me volví á embarcar, con intento de volver á Bagdad; pero no tuve la dicha de llegar felizmente.

Tres ó cuatro días después de nuestra partida nos atacaron unos corsarios, á quienes costó poco trabajo el apoderarse de nuestro buque, que no se hallaba en situación de defenderse. Algunas gentes de la tripulación quisieron hacer resistencia; pero pagaron con la vida su arrebató. En cuanto á mí y todos los que dejamos hacer á los corsarios, fuimos hechos esclavos.....

Después que nos despojaron de nuestras ropas, nos dieron unos malos vestidos, y nos llevaron á una gran isla, en donde nos vendieron.

Yo caí en poder de un rico comerciante, el cual me llevó á su casa, en donde me hizo comer bien, dándome un traje de esclavo. Algunos días después de tenerme en su compañía me preguntó si sabía algún oficio; le respondí que no era artesano, sino comerciante de profesión, y que los corsarios que me habían vendido se habían llevado cuanto tenía.

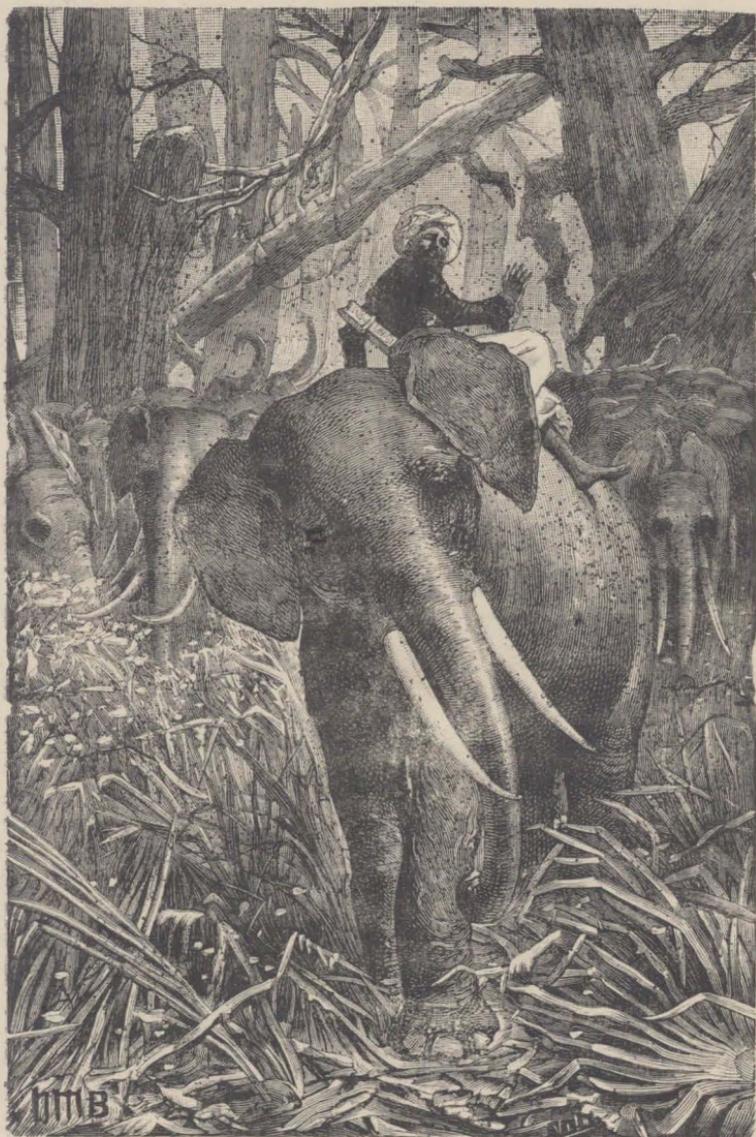
—¿No sabría usted tirar el arco?—me preguntó.

Le contesté que aquel habia sido uno de los ejercicios de mi juventud. Oída mi respuesta, me dió un arco y flechas: me hizo montar en un elefante, y me llevó á una selva,

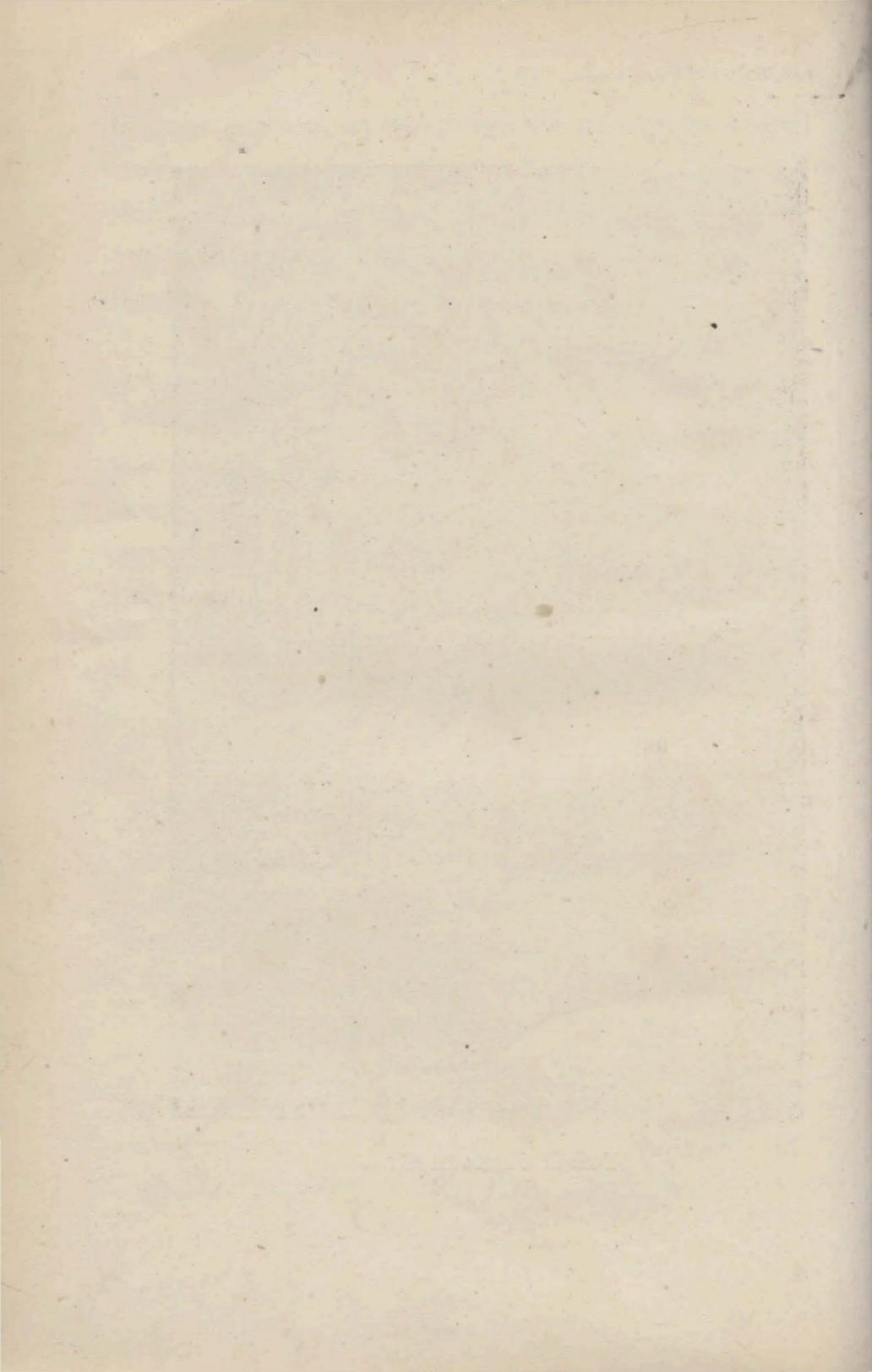
distante algunas leguas de la ciudad. Nos internamos en ella; y cuando lo juzgó oportuno, me hizo bajar; y mostrándome un árbol grande, me dijo que me subiese á él y tirase á los elefantes que viese pasar por aquella selva, encargándome que si caía alguno, fuese inmediatamente á darle aviso. Dicho esto, me dejó viveres para algunos días, y volvió á tomar el camino de la ciudad.

Durante toda la noche no vi pasar elefantes; pero al día siguiente, así que salió el sol, vi venir hacia mí una gran manada. Disparé mis flechas con tanto acierto, que á los primeros disparos cayó uno por tierra, se retiraron los demás, y pude ir á avisar á mi patrón de la caza. En premio de aquella noticia, me regaló con una buena comida y alabó mi destreza. Luego volvimos al monte, abrimos una zanja y enterramos al elefante muerto, para cuando se hubiese podrido el animal desenterrarlo, y quitarle los colmillos.

Seguí dedicado á esta caza por espacio de dos meses, y no se pasaba día sin que matase uno de estos animales. No siempre me ponía en acecho sobre el mismo árbol; por el contrario, tan pronto me colocaba sobre uno como sobre otro; y una mañana, que estaba esperando á que llegasen los elefantes, noté con el mayor asombro que, en lugar de pasar por delante de mí atravesando la selva como acostumbraban, se vinieron hacia donde estaba, haciendo un horrible ruido. Acercáronse al árbol en que me había subido, y formando un círculo alrededor de él con la trompa extendida y los ojos



Y me llevó hasta mi sitio....



fijos en mí. Ante tan asombroso espectáculo, quedé inmóvil y sorprendido, y tan lleno de miedo, que se me cayeron de las manos el arco y las flechas.

No era vano el temor que me había sobrecogido; los elefantes estuvieron mirándome algún tiempo, uno de los mas grandes abrazó el árbol con su trompa, é hizo un esfuerzo tan poderoso que lo desarraigó arrojándolo por tierra. Yo caí con el árbol; pero el animal me cogió con su trompa y me cargó sobre su espalda, en donde me senté, más muerto que vivo, con mi carcax atado al hombro. Luego se puso a la cabeza de todos los demás, y me llevó hasta un sitio en que, habiéndome dejado en el suelo, se retiró con todos los que le acompañaban.

Después de haber estado algún tiempo tendido en aquel sitio, me levanté, y noté que me hallaba sobre una colina, cubierta toda de huesos y colmillos de elefantes. Admiré el instinto de aquellos animales, no dudando que aquel fuese su cementerio, y suponiendo que me habían llevado allí expresamente para enseñármelo, á fin de que cesase de perseguirlos, puesto que lo hacía con la mira de llevarme sus colmillos.

Sin detenerme sobre la colina dirigí mis pasos hacia la ciudad, y después de haber caminado todo un día y una noche, llegué á casa de mi patrón, sin encontrar ningún elefante en el camino, lo que me dió á conocer que se habían internado en la selva para dejarme en libertad de volver sin obstáculos.

Luego que me vió mi patrón, me dijo:

—¡Ah! pobre Simbad, me tenías con mucho cuidado sin saber qué habría podido ser de ti. He estado en la selva y he visto un árbol recién arrancado, un arco y unas flechas en el suelo, y después de haberte buscado inútilmente, había perdido la esperanza de volverte á ver; así, cuéntame lo que te ha sucedido.

Satisface su curiosidad, y habiendo ido el día siguiente á la colina, cargamos el elefante en que habíamos ido con cuantos colmillos podía llevar, y cuando estuvimos de vuelta en casa, me dijo:

—Hermano mío, ya no quiero tratar á usted como esclavo, después del servicio que me ha hecho. ¡Qué Dios lo colme á usted de toda suerte de bienes y prosperidades! Doy á usted la libertad. Los elefantes de la selva nos hacen perecer todos los años una infinidad de esclavos que envíamos á buscar marfil, sin que basten cuantos consejos podamos darles para que tarde ó temprano dejen de perder la vida por la astucia de aquellos animales. Dios ha librado á usted de su furia, siendo el único á quien ha concedido esta gracia; usted me proporciona una ventaja increíble; pues hasta el presente sólo podíamos conseguir marfil exponiendo la vida de nuestros esclavos, y desde ahora puede contarse rica la ciudad por este medio. No crea usted que pretendo haberle recompensado bastante con la libertad que acaba usted de recibir, pues quiero añadir á ella considerables bienes.

A este discurso tan obsequioso respondí:

—Patrón, la libertad que me concede es muy suficiente para pagar todos mis servicios, y en recompensa del que acabo de hacerle, sólo pido permiso para volverme á mi país.

—Pues bien—me replicó—cuando venga Mousón á cargar marfil, lo enviaré á usted, dándole con que hacer el viaje hasta su casa.

Yo le dí las gracias de nuevo por la libertad que acababa de concederme, y por sus buenas intenciones para conmigo; seguí viviendo en su casa esperando á Mousón, y durante aquel tiempo hicimos tantos viajes á la colina, que llenamos de marfil sus almacenes; haciendo lo mismo todos los que en la ciudad negociaban en él, porque no se les pudo ocultar mucho tiempo.

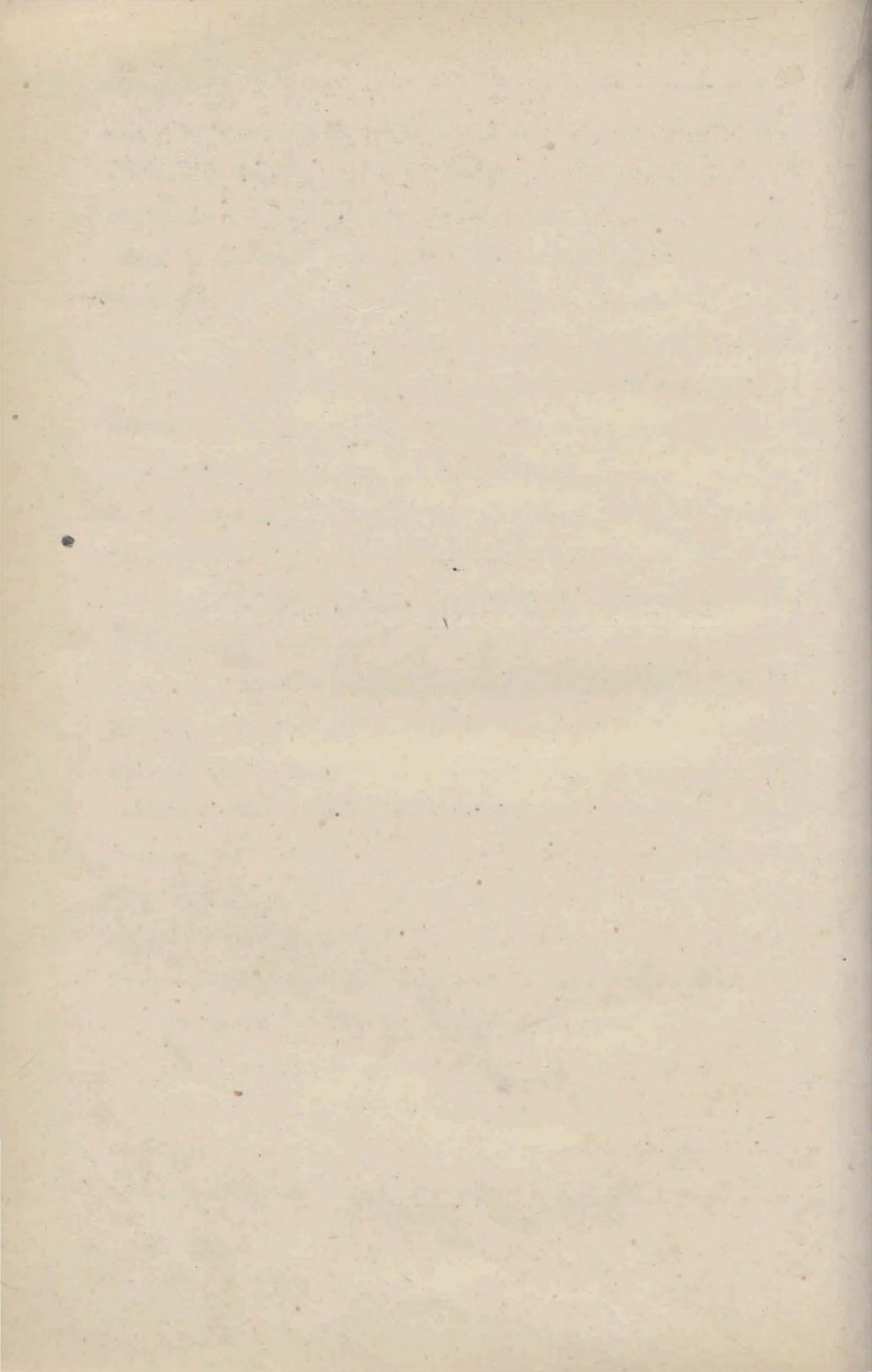
Llegaron por fin los navíos, y habiendo elegido mi patrón por sí mismo el en que debía yo embarcarme, lo cargó la mitad de marfil por mi cuenta; y sin olvidarse de poner provisiones en abundancia para mi viaje, me obligó además á aceptar otros regalos de gran precio. Después que le hube manifestado mi agradecimiento, del mejor modo que pude, por los beneficios que había recibido de él, me embarqué, y durante el viaje, llevaba siempre ocupada la imaginación en la extraordinaria aventura que me había proporcionado la libertad.

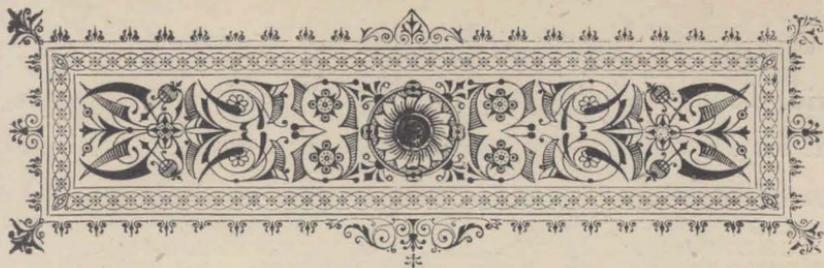
Nos detuvimos en algunas islas para hacer aguada, y luego seguimos nuestro camino hasta llegar á las costas de la In-

dia, donde desembarqué para evitar los peligros del mar. Hice desembarcar el marfil que me pertenecía, resuelto á concluir mi viaje por tierra. Saqué de mi marfil una gran cantidad de dinero, con que compré muchas cosas raras para hacer regalos, y me reuní á una numerosa caravana de comerciantes. Mucho tiempo gasté en el camino y sufrí mucho; pero todo lo sobrellevaba con paciencia al considerar que ya no tenía que temer tempestades, corsarios, serpientes, ni cuantos peligros me habían sobrevenido.

Acabaron por fin todas estas fatigas, y habiendo llegado con felicidad á Bagdad, fuí á presentarme al Califa para darle cuenta de mi embajada. Este Príncipe me dijo que mi tardanza le había tenido con cuidado; pero que siempre había esperado que Dios no me abandonaría; y cuando le referí la aventura de los elefantes, quedó muy sorprendido: de modo que se hubiera resistido á darle crédito, á no haber estado satisfecho de mi sinceridad. Esta historia y las demás que le había contado le parecieron tan curiosas, que mandó á un secretario suyo las hiciese escribir con caracteres de oro, para conservarlas en su tesoro. Yo me retiré muy contento del honor con que me trató y regalos que me hizo; y luego me dediqué enteramente á mi familia, parientes y amigos.

Á GALOPE POR LOS AIRES





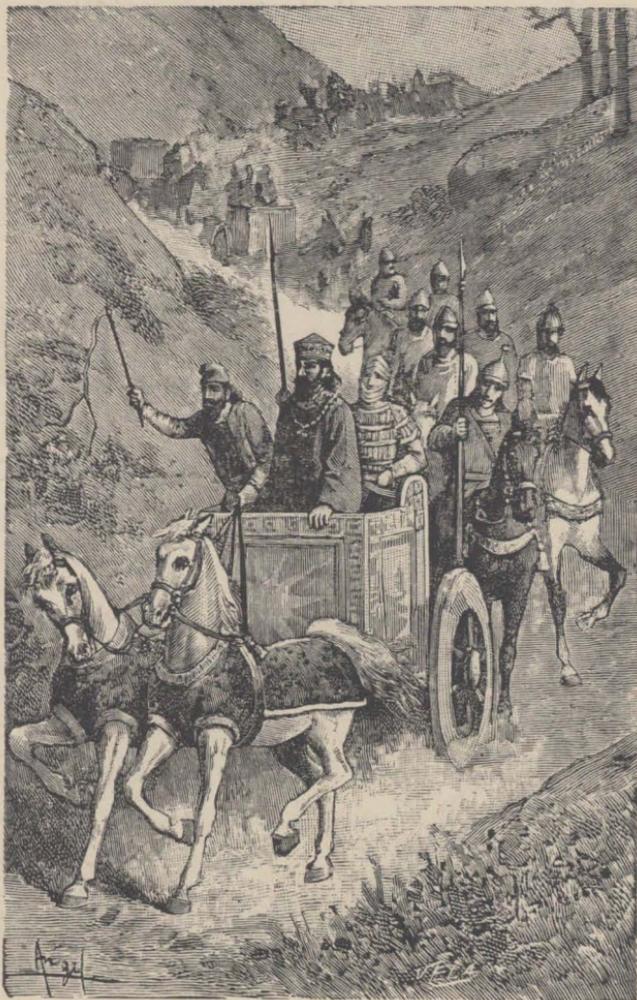
A GALOPE POR LOS AIRES.

En los tiempos de mayor grandeza del Imperio romano regía la Persia un poderoso Monarca llamado Sapor, que poseía inmensos territorios y reinos, resguardados con grandes ejércitos, y que derrotó más de una vez á las huestes de Roma. Era, además, muy afamado por su virtud esclarecida, que acompañaba á su grandeza y señorío, pues no sólo era profunda su sabiduría, sino extremada su sensibilidad; al par que su despejo y perspicacia, su mano era siempre dadivosa para los necesitados, y tremenda y ejecutiva con los perversos. Era el consuelo de toda desventura, y el amparo de los desvalidos y atropellados. Amábale entrañablemente su familia; era cariñoso con los extraños, y no cabía que un querellante acudiese en balde á su equidad en demanda del justo desagra-

vio. Tenía tres hijas y un hijo, completando esta dicha la de ser amado por todo un pueblo, con un cariño que rayaba en adoración.

Celebraba el Rey anualmente dos grandes fiestas: la del primer día de la primavera y la del primer día del otoño, que abarcaban con su júbilo hasta la última chocilla de la más pequeña aldea. Acudían cuantas gentes podían á las funciones, y durante más de un mes estaban llenos los caminos de viajeros, unos en carruajes, otros á caballo, y los demás á pie, que se dirigían á la capital; y el Rey, tanto por calles y plazas, en la misma ciudad, como por las llanuras cercanas, disponía lo necesario para que se alojase á tantísimo gentío

Repartíanse al pueblo muchos millares de monedas de oro y plata, telas y mercancías costosísimas, y se rebajaban sus condenas á todos los encarcelados. Retirábanse los guardias y celadores del palacio y sus cercanías, y así andaba todo el mundo entrando y saliendo por salones y tránsitos magníficos, y luego por los jardines y aun por la tesorería y guardarropa, donde se ostentaban hacinadas asombrosas riquezas. Sentábase el Rey en el riquísimo salón de recepciones sobre un trono de oro, y el pueblo, desde la madrugada hasta la noche, en redoblados grupos, acudía á saludarle y le deseaba mil prosperidades. El que podía ofrecía al Monarca algún regalo, ya de joyas, ya de artefactos, ó bien alguna flor de extraordinaria hermosura, ú otro primor semejante. Todo



Celebraba el Rey anualmente dos grand's fiestas.

lo iba tomando el Rey, hasta lo más insignificante con afecto y bondad; pero se complacía, particularmente, con algún invento nuevo ó alguna obra de ingenio, mostrándose amatísimo de las Bellas Artes y de la Industria.

En una de aquellas grandes festividades llegaron á la corte de Sapor tres sabios asombrosos, procedentes de diversos países y que hablaban diferentes idiomas, siendo el uno indio, el otro griego y el tercero persa.

El indio estaba en su lozanía, y era gallardo y valeroso, descollando entre todos por su bizarria. Llevaba un traje elegantísimo, y mostraba en todos sus ademanes gran soltura.

Alguna más edad tenía el griego, y parecía aun más inteligente, manifestando en sus facciones nobleza y talento.

En cambio el persa era odiosísimo, aunque parecía el más sabio de todos. Reflejaba en su espantoso rostro la odiosidad de su alma, y llevaba un traje verdaderamente lúgubre; ostentaba un turbante negro y empinado, afianzado con varios cordones á la cabeza; luego un sayo obscuro y larguísimo y tenía un bastón de hechicero en la mano, de modo que no podía ser más repulsivo su conjunto.

El primero que se adelantó ante el trono fué el indio, que entregó al Rey un presente verdaderamente extraño. Era una estatua pequeñita, de oro, adornada con pedrería costosísima, y que tenía una trompa, también de oro, en la mano. Prorrumpieron todos los circunstantes en exclamaciones de asombro por tantísimo primor y magnificencia, y el mismo

Rey, después de haber examinado detenidamente el regalo, dijo al indio:

—Ingenioso artífice, por muy linda que sea la estatua, no alcanzo con qué objeto la has fabricado, pues hermosura sin utilidad viene á ser capricho sin importancia.

—Altísimo Rey y señor—contestó el indio;—tiene la estatuita que ves una virtud, que ahorra miles de soldados y guardias, y con su posesión queda más afianzada la vida que en medio de un gran ejército, pues este hombrecillo de oro apunta el peligro más lejano antes que nadie lo sospeche. Hace todavía más primores, pues evita y destruye el peligro antes que el malvado lleve su propósito á la práctica.

Al oír estas palabras se miraron mutuamente los palaciegos, luego al Rey, después al sabio, y se sonrieron é hicieron señas, como si dijeran:

—Este charlatán no sabe lo que se dice.

El Rey se detuvo, y después de meditar un rato, preguntó al artista cómo cabía tanta maravillosa propiedad en una cosa tan pequeña.

—Señor—contestó el indio sonriéndose y mirando en derredor—la estatua es para vos un compendio de infinitas virtudes, pues en asomando un espía por vuestra capital, ó si se conspira en cualquier parte contra vuestra vida, suena la trompa de oro que en la mano lleva, y su eco retumba en el corazón del malvado, y lo estremece aun cuando esté á una legua de aquí, ó en un punto aun más lejano; de modo

que empieza á temblar, siente un ardor y una angustia insufribles, y acaba por morir entre grandes tormentos.

Palidecieron al escuchar estas palabras los palaciegos, y como les preguntase el indio sonriendo si querían experimentarlo, se excusaron á fuer de leales cortesanos, protestando que les era imposible, aun cuando quisieran, dar cabida en sus pechos al menor impulso que no redundase en ventaja de su soberano. Asombrado el Rey con las palabras del indio, le dijo entonces:

—Aunque espero de la bondad de Dios que no he de oír el eco de la trompa, no dejo de admitir el regalo, y como no acierto con qué pueda corresponderte, te doy mi palabra real de otorgarte cuanto me pidieres.

Paróse el indio á reflexionar, y antes que pudiese contestar se adelantó entre los concurrentes el sabio griego, se echó á los pies del Monarca y le alargó una bandeja primorosamente labrada, en la cual un pavo real estaba cercado de veinticuatro pavitos. Las plumas de estas aves eran de oro, finísimamente hilado, salpicadas de diamantes y de otras piedras de gran valor, y los ojos del plumaje de la cola estaban imitados con perlas hermosísimas. Esta admirable imitación de la naturaleza causó al Rey tanto asombro como la estatua, y después de haber contemplado grandísimo rato aquella preciosidad, preguntó al artista cuál era el objeto de aquella obra maestra del arte, cuya sola ejecución requería casi la vida de un hombre.

—Poderoso señor—dijo entonces el griego—aun cuando la edad de un hombre llegase á los doscientos años, no se sacrificaría en balde para el logro de esta empresa, que por medio de estas aves nos está retratando el vuelo de nuestra vida, y nos recuerda la necesidad de que la utilicemos. Éste pavo, en cada hora que pase, se ha de tragar uno de sus polluelos, y así nos manifiesta la duración de un día. Cuando los haya tragado á todos no hay más que apretar esos nudos que forman los diamantes, y al punto vuelven á salir. Al vencer las veinticuatro horas, cada cual tiene que abrir su pico y mostrar allí la luna con la misma fase que aquel día ostenta en el cielo.

Después de oír esta explicación del griego, le dijo el Monarca:

—El hombre, aunque es mortal y de corta duración, puede hacer obras que perpetúen su memoria. Este artefacto—añadió—¡oh, sabio artífice! es un don que no acierto á recomendar dignamente; dime, pues, lo que desees, y quedarás colmadamente satisfecho.

Mientras estaba el griego meditando cuál había de ser su petición, se adelantó el sabio persa, y doblégándose hasta el suelo, presentó al Rey un caballo con alas de oro.

Admiración general causó el primor y la hermosura del caballo, que estaba cuajado todo de perlas y pedrería, y enjaezado ricamente con ostentosa silla, riendas y estribos. Al irlo tocando y descubriendo los palaciegos se hicieron cargo

de que no era natural, sino fabricado de ébano; no pudiendo menos de prorrumper en una aclamación de asombro y complacencia. Entonces el Monarca les dijo:

—¡Insensatos, un trozo de madera os admira más que la obra de la naturaleza, y la obra de un hombre os arrebató más que la del Supremo Hacedor! Os digo que el ínfimo caballo de carreta del más pobre campesino vale mucho más que el ostentoso é inservible que se reduce á un trozo de madera primorosamente labrada.

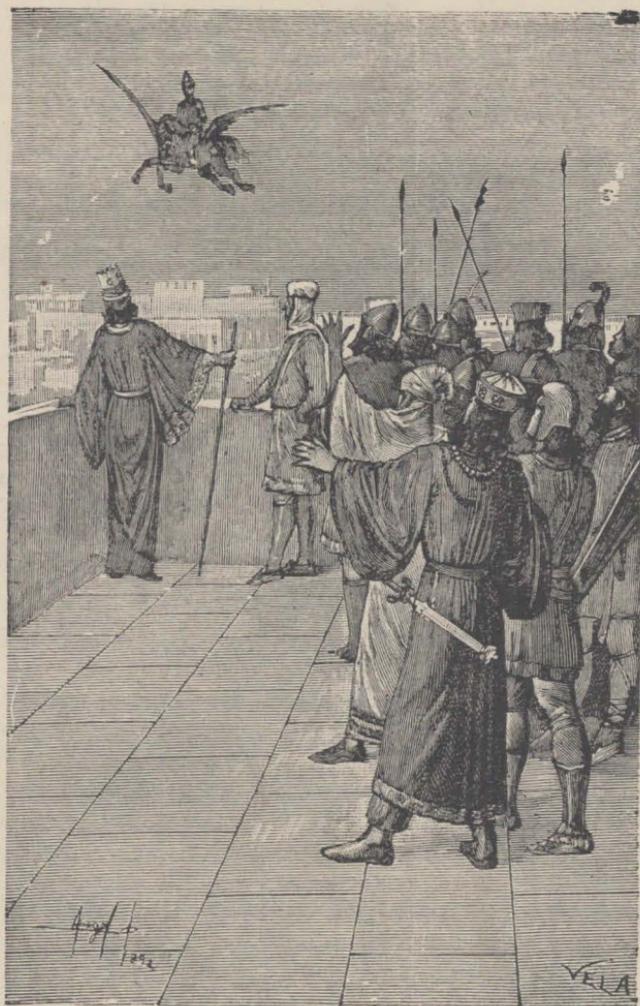
Entonces tomó el hombre viejo persa la palabra, y dijo:

—Aunque no me atrevo á competir en maestría con los otros dos inventores que están presentes, no por esto deja mi caballo de tener propiedades muy superiores á las de todos los caballos naturales. La estatua de oro del sabio indio te escuda la vida; el pavo que te ofrece el artista griego te advierte que no la dejes pasar infructuosamente; pero mi caballo te proporciona el medio de ahorrar tiempo y de ejecutar en un día lo que otro no podría hacer en un año. Este caballo de madera te traslada en un día á donde otro no podría llegar en un año, pues vuela por los aires con más rapidez que un águila. No hay mar tan dilatado y tempestuoso, no hay cumbre tan elevada é inaccesible que no puedas remontar fácilmente con este caballo. Puedo hacer la prueba cuando gustes. Manda, pues, señor, y me remonto á tu vista por los aires, y atravieso las nubes con más rapidez que ninguno de tus alazanes por la mejor carretera.

Es difícil dar una idea del asombro del Monarca ante la coincidencia de aquellos tres prodigios, reunidos en un solo día; así, lleno de satisfacción, dijo al persa:

—Si es cierto lo que me dices y cumples tu palabra, desde luego te concedo la petición que quieras hacerme por grande que sea; y dirigiéndose á los demás, añadió: Os espero, sin falta, mañana, sabios é ingeniosos varones, y deseo que me mostréis el mecanismo de vuestros asombrosos inventos y me pidáis por ellos cuanto se atreva á idear vuestra imaginación.

No faltaron los tres inventores al otro día á palacio, donde el Rey, con todos sus cortesanos, los esperaba sobre una espaciosa azotea. Después que el indio y el griego sacaron sus artefactos y los pusieron en movimiento, afianzó el viejo persa un pie en el estribo del caballo, montó y preguntó al Rey si quería que procediese al cumplimiento de su palabra. Hizo el Rey un ademán afirmativo, y el persa, después de afianzar un lazo al cuello del caballo, se remontó en éste con increíble velocidad. Enmudeció la corte toda de asombro viendo elevarse al jinete, que apareció al pronto del tamaño de un águila, después de una paloma, y por último, de un mosquito, hasta que desapareció en el cielo. Al poco rato apareció nuevamente, y bajando hasta la altura de la techumbre, estuvo haciendo giros y primores sobre el palacio; trajo de la cima de una palmera altísima una rama, y apeándose de nuevo en la azotea, la depositó á los pies del Rey.



Viendo elevarse al jinete.

Estaba el Monarca fuera de sí de asombro y de gozo al ver tal portento, y dijo á los sabios:

—Habéis cumplido vuestra palabra y salido airosos de vuestros compromisos; ahora me corresponde el cumplir yo mi promesa. Pedid cuanto queráis y será vuestro.

Los inventores habían conferenciado el día antes sobre cuáles habían de ser sus respectivas peticiones al Rey. El indio tenía intención de pedir un gobierno; el griego cien camellos cargados de mercancías; pero el persa les escuchó sonriendo, y les dijo:

—Del gobierno puede destituirnos el Rey cuando le plazca; del dinero y mercancías pueden despojarnos los salteadores; hemos de evitar uno y otro peligro, y afianzar nuestra recompensa por un medio que tengo ideado y os voy á participar. El Rey tiene tres hijas, á cuál más hermosa; pidámoslas en matrimonio; entonces tendremos gobiernos y dineros de sobra, sin la contingencia del menor peligro. Yo escojo la menor de las princesas, y vosotros podéis escoger entre las otras dos.

Meditaron un rato el indio y el griego, y por fin aceptaron la proposición de su compañero.

Así es que el persa contestó al Monarca:

—Puesto que el Rey, nuestro señor, acepta nuestros regalos y nos permite pedirle una merced, nosotros, confiados en que el Rey no ha de quebrantar su palabra, solicitamos que nos dé sus tres hijas en matrimonio, pues *nin-*

gún honor puede igualarse al de ser yernos de tan ilustre soberano.

Frunció el Rey las cejas al oír petición tan osada; mas luego, reponiéndose, dijo:

---Tengo que cumplir mi palabra real, y estoy pronto á hacerlo.

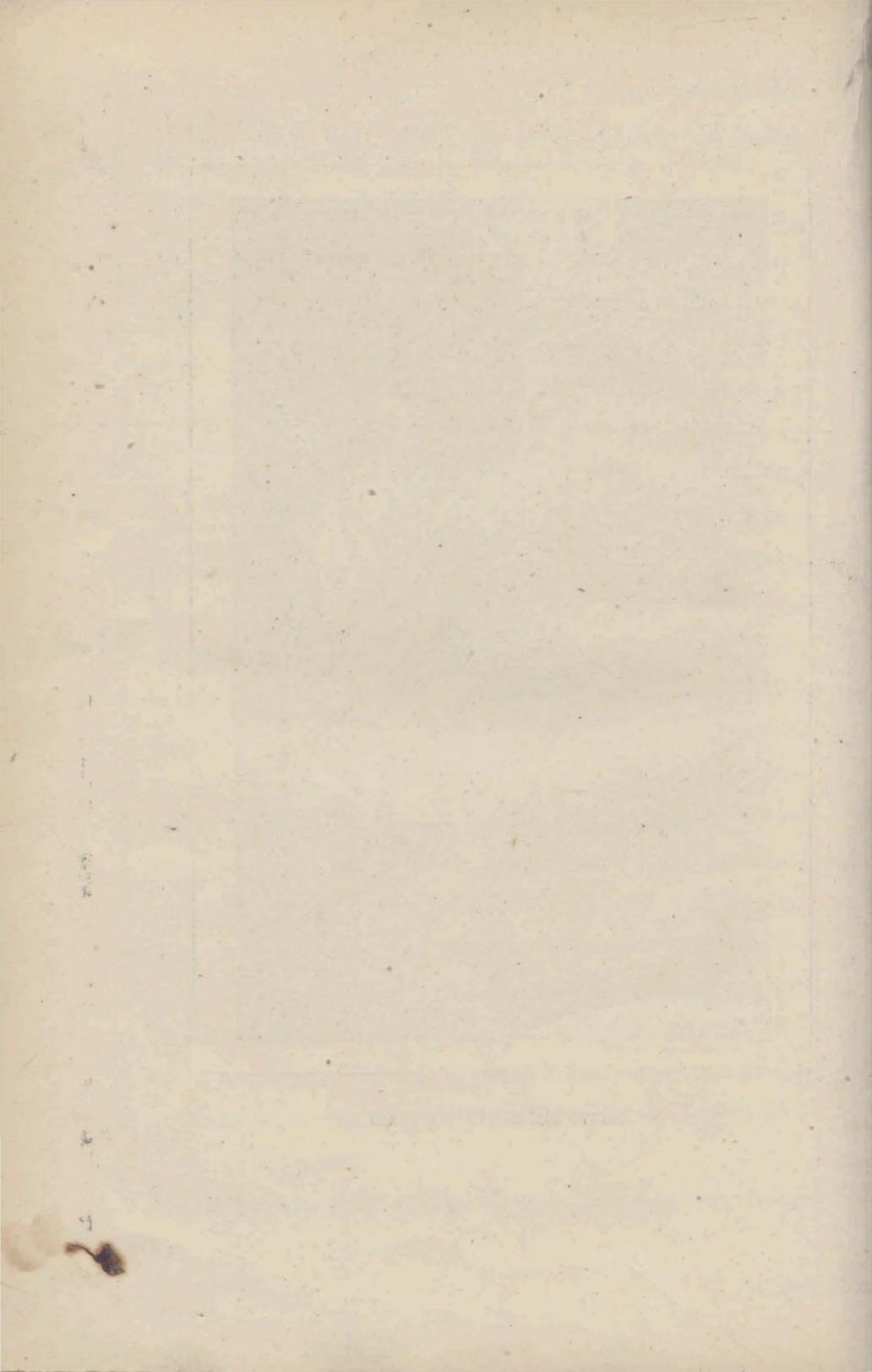
Dicho esto, mandó llamar al notario para que extendiera los contratos matrimoniales.

Habían estado las princesas oyendo esta conversación detrás de una cortina, y al conocer el desenlace de aquel asunto, se volvieron á mirar á sus novios. No llevaron á mal las dos mayores su suerte, pues así el indio como el griego eran de buena presencia, y no habían llegado aún á la edad madura; pero la menor, al contemplar al horrible persa, se estremeció viendo las arrugas, canas y aspecto horrible de su futuro esposo, que estaba calvo de cabeza, barba y cejas, y representaba cien años: tenía los párpados encendidos y los ojos amarillentos; sus mejillas estaban descarnadas y tan hundidas, que parecía que se le estaban viendo los huesos; su nariz parecía una berengena, y no tenía sino dos dientes grandes, negros y movibles; sus labios eran azulados y colgantes, como el bezo de un camello, y toda su piel estaba arrugada y era de color ceniciento. En suma, aquel hombre era un portentoso de odiosidad, un verdadero espantajo, capaz de ahuyentar á las aves de sus nidos.

Era triste cosa que semejante monstruo fuera á ser esposo,



Estuvo sollozando largo rato.



de aquella niña tan preciosa, más vivaracha que una ardilla, más halagüeña que el perfume de las flores, y rival de la luna en esplendor y hermosura apacible; tenía la esbeltez de la palmera, y no había cierva que la ganase en agilidad y soltura. También eran hermosas sus hermanas; pero su belleza pálidecía en su presencia como la luz de la luna ante la del sol.

Al ver la princesita la espantosa fealdad de su novio, huyó llorando á su cuarto, prorrumpió en sollozos y lamentos, y se lastimó el pecho y el rostro. Su hermano, que la amaba en extremo, y más que á las otras, regresó en aquel momento de una cacería. Al ver que se lamentaba de aquel modo, la preguntó la causa de tan gran quebranto. La joven estuvo sollozando largo rato, hasta que al fin, cediendo tan entrañables instancias, dijo:

—¡Ay, hermano mío! ¡No sé qué culpa he cometido para que mi padre quiera hacerme la más desgraciada de las mujeres del mundo! ¡Triste suerte la mía!

No comprendía el hermano la razón de aquellas quejas lastimeras, y así trató de sosegarla, instándola á que se explicase con más claridad.

—Sabe, hermano mío—le dijo—que mi padre me tiene prometida en matrimonio á un brujo que le ha regalado un caballo negro de madera, y lo ha embaucado con sus hechicerías. Se me hace insufrible ese viejo de más de cien años, cuyo semblante horroriza, y que tiene el cuerpo encorvado, y antes prefiero la muerte que ser suya.

Dichas estas palabras, la desventurada princesa volvió á sus lágrimas y lamentos. Trató de consolarla su hermano, y la dirigió palabras cariñosas, prometiéndola poner remedio á todo.

Después se dirigió al encuentro de su padre, y le habló en estos términos:

—Padre mío, ¿cómo es posible que quieras hacer infeliz á mi hermana menor casándola con un brujo horrible? ¿Cuál es el regalo por el que vas á matar de horror y desconsuelo á tu propia hija? Reflexiona, en nombre de Dios, que no debes hacer tal cosa: mi hermana es acreedora á casarse con un príncipe gallardo, y no á ser compañera de un mísero hechicero.

El viejo persa, que estuvo oyendo esta conversación, concibió odio hacia el príncipe, y se puso á meditar algún medio para deshacerse de él en venganza de aquel desacato. Pero el Rey trató de apaciguar á su hijo, diciéndole:

—En cuanto veas tú el caballo y sus primores, te vas á quedar fuera de ti de asombro, y ya no mirarás con extrañeza mi proceder.

Dicho esto, mandó á un sirviente que lo trajera, y al verlo el príncipe quedó efectivamente absorto ante su hermosura; y al decirle el padre que era más veloz aquel caballo de madera que los naturales, saltó sobre su silla y le apretó los estribos. Como el caballo no se movía, dijo el Rey al artífice persa:

—Anda y enséñale cómo se pone en movimiento, y así no intentará más oponerse á mi palabra y á tus deseos.

El persa, que estaba ya abrigando odio mortal al príncipe, con una mirada llena de maldad y de complacencia dañina se encaminó, y postrándose hasta el suelo, dijo para sí:

—Venga acá el gallardo príncipe que me quiere privar de su hermana; á ver lo que hace cuando se vea en los aires sobre el lomo del caballo, que no tardará en arrojarle desde las alturas al abismo.

El príncipe, que era de carácter impetuoso, no se cuidó de enterarse del modo de manejar el tornillo, ni hizo al viejo la menor pregunta, y así se elevó con el caballo con tanta rapidez, que á poco no era más que un punto en el espacio, y en breve desapareció de la vista de su padre. Todo esto fué cuestión de breves momentos.

Repuesto ya de su primer arrebato, el Rey se alarmó por la suerte de su hijo, y preguntó al persa:

—¿Cómo haremos para que el caballo se apee en tierra?
¿Sabrás hacerlo?

—Señor—contestó el hechicero con mal encubierto júbilo—no alcanza á tanto mi arte, y no es culpa mía si no vuelve á ver más á su hijo. Por altanería y presunción no quiso preguntarme de qué modo manejaría el caballo para traerlo aquí de nuevo, y tampoco me acordé de advertírselo en aquel momento.

Ena. decióse el Rey de cólera ante tal contestación, y

mandó encarcelar al viejo persa, jurando que le quitaría la vida si en el plazo de dos semanas no volvía su hijo. Después de lo cual se entregó á los mayores extremos de dolor.

Cerráronse las puertas del palacio y cesaron las fiestas, pues no tan sólo el Rey, sino también la Reina y sus hijas, se mostraban traspasados de pena, como igualmente el pueblo todo por la desgracia ocurrida al joven príncipe, que era muy querido.

Mientras así se entregaban todos á manifestaciones de dolor, veamos lo que había sido del príncipe.

Arrebatado rapidísimamente por los aires, pues ya la tierra había desaparecido á su vista, se encontró bien pronto cansado, y creyó cercana su muerte. Mas como eran grandes su valor é intrepidez, trató de reanimarse, y anduvo registrando el caballo repetidas veces, diciendo para sí:

—Ya que voy á morir, debo antes intentarlo todo para salvarme. No puede menos de tener esta extraña máquina algún secreto para encaminarla de nuevo á la tierra.

Estuvo tanteando el caballo en todos sentidos, y por fin halló al lado izquierdo del lomo un segundo tornillo muy pequeño, y lo fué aflojando. Entonces advirtió que el caballo moderaba la velocidad de su vuelo y se iba inclinando á la tierra; descubrió luego con sumo regocijo el mar y las cumbres iluminadas por el sol; acercóse más y más á la tierra, y se encaminó á ella; pero le era desconocido el país donde trataba de apearse. Anochecía ya cuando divisó un castillo ele-

vado y ostentoso en medio de una llanura de espléndida vegetación, por la que corrían arroyuelos plateados, susurrantes, y que estaba matizada de hermosísimas flores. Vió á poca distancia una grandiosa ciudad con fuertísima ciudadela, y al otro lado de la ciudad un alcázar alto y grandísimo, en cuyas almenas se veían ochenta guerreros armados con lanzas, arcos y espadas.

Después de meditar breves momentos, se dijo el príncipe: — ¡Si al menos supiese en qué país me hallo! Pero ya es de noche y no tengo albergue.

Después de algunas vacilaciones, resolvió apearse en la azotea del alcázar para pasar la noche, darse á conocer desde luego á sus habitantes é implorar su amparo. Llevó á cabo su proyecto; y hambriento y sediento, logró apearse. Procuró, en cuanto lo permitía la obscuridad de la noche, darse cuenta del sitio en que estaba, hasta que por fin halló una escalera que conducía al interior del palacio. Silenciosa y pausadamente fué bajando por ella, y llegó á un pasadizo anchuroso, con pavimento de mármol blanco, é iluminado por la luna. No tardó en ver una luz que resplandecía en una habitación próxima. Adelantóse; llegó á una puerta, ante la cual estaba durmiendo un esclavo gigantesco, alto como un árbol y ancho como un colchón; á su lado ardía una luz, y cerca de su mano tenía una espada larguísima. Cerca de aquel sitio había una mesa cubierta con exquisitos manjares hallazgo harto precioso para el príncipe, que estaba hambriento.

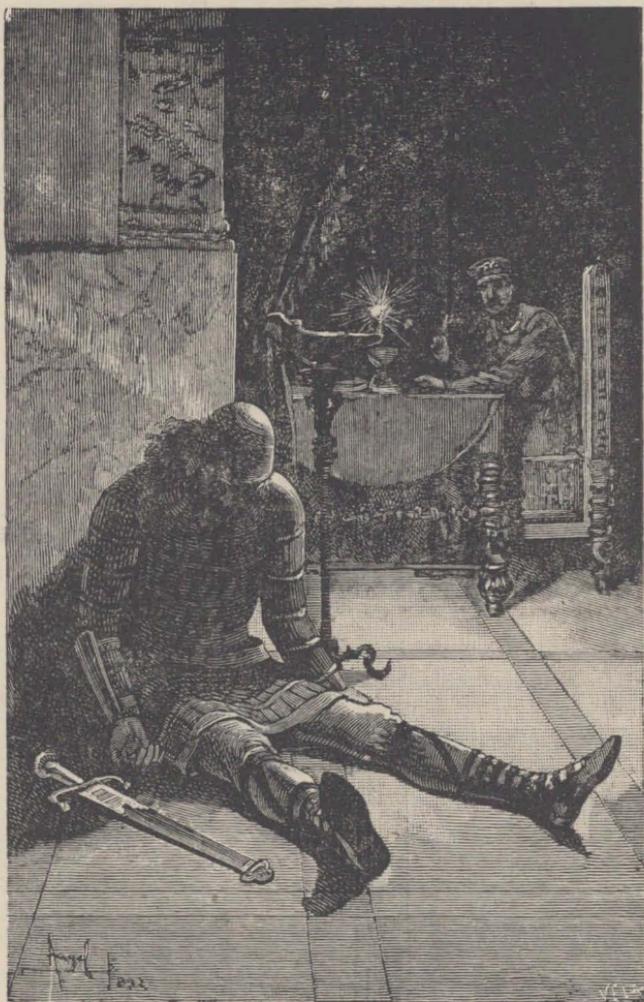
Cualquiera otro se habría asustado ante el aspecto de aquel gigante, y el mismo príncipe estuvo indeciso entre retroceder y seguir; mas cobró ánimo, y dijo:

—Imploro el auxilio de Dios. Tú, Señor, que me has librado ya de un peligro más grave, concédeme tu ayuda para terminar felizmente mi empresa.

Dicho esto se sentó á la mesa, y fué tomando manjares hasta satisfacer su apetito y su sed. Después de comer se encaminó por otras habitaciones, sin saber lo que le deparaba la suerte, no sin haber tomado antes el alfanje del esclavo dormido. Al fin percibió una luz que resplandecía en una puerta que estaba tapada con una cortina obscura y espesa. Acercóse á ella, la levantó, penetró en el aposento y allí se le ofreció un espectáculo admirable. Alzábase en medio de la estancia un trono de marfil, tachonado de perlas y rubíes, á cuyo pie estaban durmiendo cuatro lindísimas esclavas, lozanas como frescas rosas. Aproximóse cuidadosamente al mismo solio para ver quién lo ocupaba, y vió una beldad dormida y tan hermosa como la misma luna. Extendíase su negra y larguísima cabellera por sus hombros nevados hasta los ricos almohadones donde descansaba, y su belleza era tal, que el príncipe quedó absorto.

—Nunca concebí—pensaba—tal hermosura y embeleso tanto primor y encanto.

En efecto; era tan irresistible el atractivo de la dama dormida, que inspiró amor ardiente en el corazón del príncipe,



Fué tomando manjares hasta satisfacer su apetito.

quien olvidó ya su peligro y la misma muerte. Acercóse trémulo y palpitante, y sin saber lo que hacía, empezó á dirigirla cariñosas palabras. Despertó entonces la hermosa joven; abrió sus ojos, cuya mirada parecía el destello de algún lucero, y los fijó en el príncipe, al que preguntó:

—¿Quién eres tú, joven, y cómo has venido?

—Hermosísima princesa—contestó él doblando una rodilla ante ella—soy tu esclavo, y tuya es mi vida.

—¿Cómo has venido aquí?—preguntó ella de nuevo, toda ruborizada, más sin dar muestras de enojo.—¿Quién te ha conducido á este palacio?

—Dios y mi destino—respondió el príncipe.

La princesa, que estaba prometida en matrimonio á uno de los príncipes vecinos, creyó que aquel joven era su novio, á quien aun no había visto, y por lo tanto, le preguntó:

—¿Eres acaso el galán que se me destina en matrimonio?

—Sin duda—le contesta impensadamente el príncipe;—soy el mismo.

Con esto la princesa desechó toda desconfianza, y como la agradaba la gallardía del príncipe, le invitó á que se sentara á su lado junto al trono, y entablaron afectuosa conversacion, en la que ambos quedaron enamorados; mas, por desgracia, se despertaron las esclavas. Al ver éstas al príncipe sentado junto á su señora, se asombraron; apenas podían dar crédito á sus ojos, y preguntaron:

—¿Quién es, señora nuestra, ese joven que está hablando contigo?

—No lo sé—contestó la princesa sobrecogida;—se me apareció aquí hace un rato, con lo cual me desperté. Sin duda es mi novio; pero ¿cómo ha podido atreverse á venir á nuestro palacio?

—¡Ay, señora!—dijeron las esclavas;—no puede vuestro novio, por ningún título, rivalizar en gallardía con ese joven. Es necesario que salga de aquí en seguida.

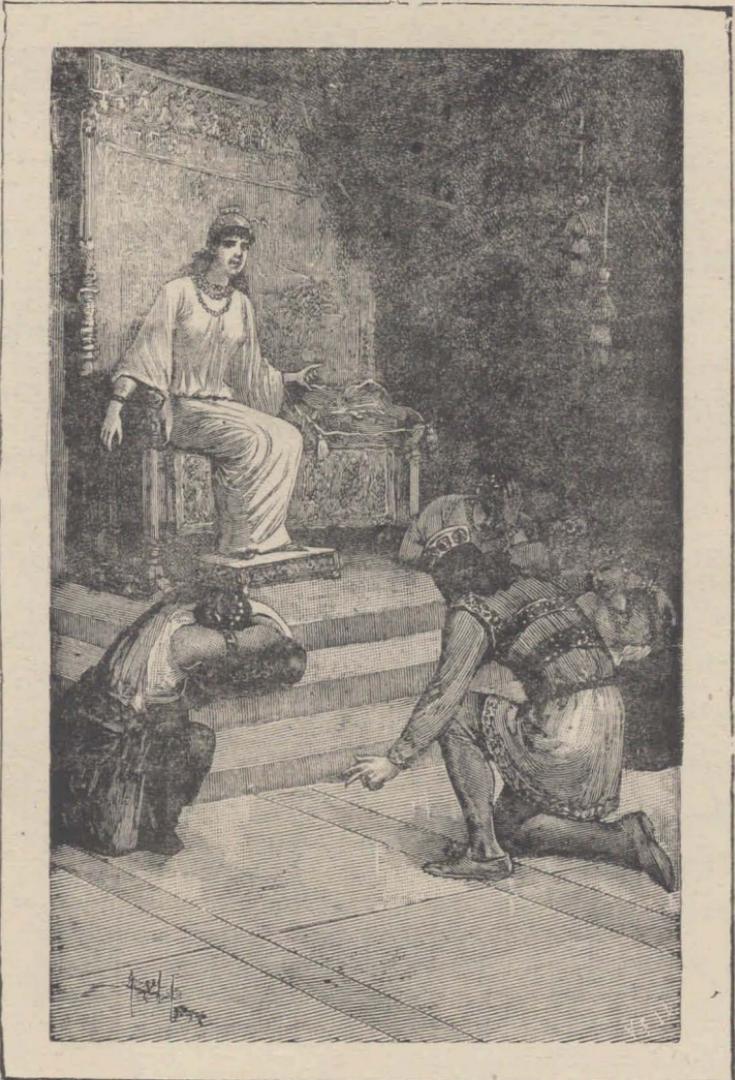
Dicho esto, se levantaron apresuradamente y desaparecieron antes que la princesa las pudiese detener, y despertando al gigantesco esclavo, le gritaron:

—¡Buen modo tienes de guardar el castillo! Dejas á los extraños que entren aquí mientras tú estás durmiendo.

Oyendo esto el esclavo, se levantó despavorido y acudió á empuñar el alfanje; pero lo echó de menos; llegó confuso y angustiado al aposento de su señora, y al ver al príncipe sentado al lado de la princesa, se fué hacia él, lleno de ira y desesperación, gritando:

—¿Quién te ha traído aquí, malvado, salteador? Pagarás tu atrevimiento con tu vida.

Al escuchar tales insolencias y amenazas, se encolerizó el príncipe de tal modo, que se arrojó, alfanje en mano, sobre el esclavo, que, evitando el golpe, huyó dando gritos espantosos, y dirigiéndose al dormitorio del Rey. La guardia, con los palaciegos de servicio, le impusieron silencio, advirtiéndole



Doblando una rodilla ante ella.

dole que el Rey estaba durmiendo, y que nadie, sin peligro de su vida, podía turbarle el sueño. Pero el esclavo seguía gritando más y más, diciendo:

—Llebadme ante el Rey; su decoro y su vida peligran, pues hay salteadores en el alcázar.

Con aquel estrépito despertó sobresaltado el Rey, y llamó al oficial mayor para que se enterase de la causa de aquel alboroto. Cuando supo que el esclavo de la princesa había estado voceando, que había salteadores en el alcázar, se levantó alarmado el Rey, empuñó su sable, y dirigiéndose al esclavo, le dijo:

—¿Qué gritos son esos, malvado? ¿Cómo te atreves á alborotar de ese modo?

—Respetable señor—contestó el esclavo—me había quedado dormido un momento ante la puerta de la cámara de la princesa, cuando al despertarme he visto á un joven de aspecto arrogante y gentil, sentado junto á mi señora, y que me había arrebatado mi sable. Por esto me he creído en el caso de ponerlo en conocimiento de Vuestra Majestad.

Al oír esto el Rey, se dirigió apresuradamente hacia la habitación de la princesa, para cerciorarse de tan grave acontecimiento. Penetró en la estancia, y al ver al joven príncipe conversando familiarmente con la princesa, se dejó llevar de la ira, esgrimió el alfanje, y se abalanzó al príncipe en ademán de cortarle la cabeza. Entonces el príncipe se levantó, detuvo el golpe con su sable, y dijo al Rey:

—No me parece este un procedimiento muy cortes para

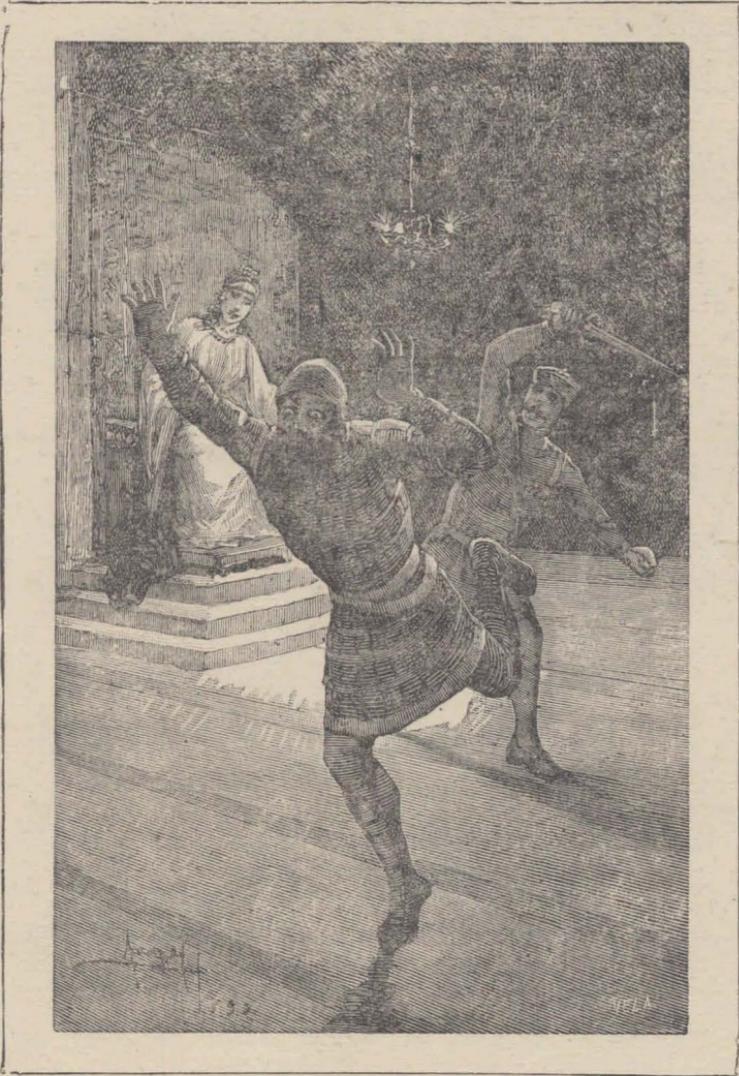
recibir á los forasteros. Detén tus ímpetus y hablemos como personas razonables, pues de otra suerte me pondrás en el caso de defenderme, y quizá tengas que sentirlo.

El Rey, impresionado á su pesar por la prudencia y firmeza del príncipe, bajó el sable, y le dijo:

—¿Quién eres tú, joven atrevido, y cuál es tu linaje, que te atreves á hablarme como de igual á igual, y á penetrar en la estancia de mi hija, y venir á sorprenderla? ¿Ignoras, desgraciado, que soy uno de los más poderosos monarcas de la tierra? ¿No comprendes que tu comportamiento merece la muerte?

—Señor—dijo el príncipe—reconozco el derecho que te asiste y comprendo que encuentras desusada y poco correcta mi presentación; pero antes de juzgarme tan severamente, bueno es que nos expliquemos. Aun cuando estuviese en tu mano el avasallarme y darme muerte, ¿qué ganarías con ello? Perderías más bien; pues las gentes, exagerando y falseando los hechos, dirían que habías sorprendido á tu hija con un amante, y nadie te respetaría, pues caerían sobre ti el escarnio y la afrenta: Dios nos ve y nos juzga, y te castigará si tratas de hacerme daño y ofender mi pundonor. Bueno es, mientras tanto, que sepas que tu hija no descendería en lo más mínimo en categoría si se hiciese mi esposa; pues si es princesa, yo también soy príncipe y heredero del rey de Persia.

Fácilmente se comprende que cambiaría el rostro del mo-



Huyó dando gritos espantosos.

marca al oír estas razones; así es que, cambiando de tono, le dijo con más comedimiento:

—¿Pues cómo, si eres un príncipe de tan ilustre dinastía, te has atrevido á entrar así en el palacio de mi hija, en vez de presentarte á mí antes, como lo ordena el decoro?

El príncipe, en vista de la desconfianza del Rey, no creyó oportuno referirle entonces su aventura y el misterio del caballo, y así le contestó:

—No es esta ocasión de referirte la extraña aventura que aquí me ha traído, y en que nada hay indecoroso para tu hija ni para mí. Me limitaré por ahora á hacerte una proposición, que te mostrará quién soy y hasta dónde llega mi poder. Reune todas tus tropas y dirígelas contra mí, en la inteligencia de que si logran avasallarme, me reconozco tu esclavo y puedes disponer de mí á tu arbitrio.

Lleno de curiosidad el Rey, no dudó en aceptar tan extraño reto.

Al amanecer del siguiente día reunió un regimiento de sus tropas en una llanura que se extendía junto al palacio, y mandó que condujesen al príncipe, á quien tenía custodiado en un aposento, y que le diesen un caballo y las armas que pidiera. Mas el príncipe rechazó el caballo, y dijo:

—Gran Rey, deseo cabalgar en el mismo corcel que traje; y así, ten la bondad de mandar que me lo bajen de la azotea, donde está descansando de las fatigas del viaje.

Asombróse el Rey al ver que efectivamente estaba el ca-

ballo sobre la azotea más alta; pero creyó que era justo que se lo entregasen.

Montó en él el príncipe, y con ademán arrogante hizo señal al Rey para que mandase á sus tropas empeñar la refriega. Lo cercaron y acorralaron, en efecto, por todas partes para aprisionarlo ó matarlo. El príncipe los dejó llegar á pocos pasos de él, templó el tornillo del costado derecho de su mágico caballo, y se remontó repentinamente por los aires con la velocidad de una flecha. Tan espesa era la polvareda, que ni los jinetes ni el Rey vieron por el pronto aquel vuelo; de modo que el Rey gritaba:

—Cogédmele sin hacerle daño, y traedle atado á mis plantas.

Acelerábanse los soldados, corrían de un lado á otro, dando voces y alaridos, y nadie sabía el paradero del príncipe. De pronto exclamaron algunos de ellos:

—¡Oh gran Rey! ¿Cómo hemos de apresar á ese guerrero? Sin duda es el mismo demonio, ó algún duende. ¡Demos gracias al Señor, que nos ha librado de su presencia!

Alzó los ojos el Rey, y con la admiración que puede suponerse, vió al príncipe remontando más y más su vuelo por las nubes. Alzó las manos atónito, y mostró á sus cortesanos aquel prodigio.

Nadie se atrevió á proferir una palabra sobre tan extraño acontecimiento, y todos volvieron asombrados al palacio. Pasó el Rey á la habitación de su hija, y la encontró bañada

en lágrimas, rogando al cielo que librase al príncipe, de quien ya se sentía enamorada. Al contarla el Rey su padre lo ocurrido, la princesa se sonrió de gozo, con lo que el padre comprendió lo que pasaba en el corazón de su hija. Él mismo se sentía impresionado por la gallardía y nobleza del mancebo; pero no dejaba de estar ofendido por su comportamiento, pues no comprendía su extraña conducta. Así, pues, hizo las convenientes reflexiones á su hija, y se volvió á su palacio; mas al verse sola la princesa soltó la rienda á sus lágrimas y lamentos, y se olvidó de todo, para no pensar más que en el príncipe.

Mientras tanto, el afortunado joven vagaba por los aires, y dirigiendo con habilidad su extraña cabalgadura, llegó al territorio de su padre. Se apeó en la azotea del palacio, y al bajar por la escalera, vió ceniza ante el umbral del palacio, de donde infirió que había algún difunto en su familia: lleno de sobresalto se apresuró á penetrar en el interior, para enterarse del motivo de aquel duelo, y encontró á sus padres y hermanas pálidos, melancólicos y vestidos de luto.

El padre fué el primero en verle, y sintió tal júbilo, que cayó desmayado dando un grito de sorpresa y alegría; y, pasados algunos momentos, volvió en sí y cayó en brazos de su hijo, derramando copioso llanto. La Reina y las princesas, que, sumidas en su tristeza, nada habían visto ni oído, acudieron presurosas al oír las exclamaciones del Rey, y fué inmensa su satisfacción al verle abrazado con su hijo, a quien

ya lloraban por muerto. Lanzáronse á él, lo abrazaron y besaron, y volvió á renacer otra vez la alegría en sus corazones. Al preguntarle lo que le había acontecido, les refirió todas sus aventuras.

Cundió rápidamente la nueva por la ciudad, y todo fué en ella júbilo y regocijo. Sonaron los clarines y timbales, y arrojando las ropas de luto, pusieron sus mejores galas. Encendieron luminarias, tendieron en los balcones los más ricos tapices, y acudió la multitud á participar de la alegría de la Real familia. Ordenó el Rey que se reanudaran las suspendidas fiestas, indultó á los presos, y durante siete días convirtiéronse las plazas en fondas, en las que todos comían y bebían cuanto les acomodaba sin pagar el gasto. Salió á pasear por las calles el Rey acompañado de su hijo, para que todos lo vieran. Terminaron las fiestas, y vuelto el vecindario á sus ordinarias faenas, celebró el feliz regreso de su hijo con algunas reuniones, á las que solo asistían los individuos de las familias. En una de éstas ordenó el Rey á una esclava que tañía el laud con mucho arte, que cantara una de las muchas piezas que sabía.

La canción de la esclava recordó al príncipe el objeto de su amor, y el desconsuelo se apoderó de su alma. Suponiendo, con razón, que su padre le negaría el necesario permiso para ausentarse, salió sin que nadie lo advirtiera, montó en el caballo de madera, y emprendió el viaje aéreo hasta el palacio de la princesa. Se apeó según lo había hecho la vez



Una esclava, que tañía el laud con mucho arte.

anterior en el terrado; bajó por la escalera, donde encontró dormido al esclavo. Llegó al dormitorio de la princesa, deteniéndose un instante ante el tapiz que cubría su puerta. Levantó éste un poquito, y vió á la princesa, recostada en su trono, despierta y anegada en lágrimas. La princesa despertó á sus doncellas, las cuales al verla tan afectada, le dijeron:

—Señora, ¿á qué viene afligirse de ese modo por quien ya no se acuerda de vuestro nombre y os abandona? Pagadle en la misma moneda, y procurad olvidarle, como él se olvida de vuestros encantos.

La princesa les replicó muy enojada:

—Insensatas, callad; mi corazón me dice que el príncipe me es fiel, y aun cuando así no fuera, ni puedo, ni quiero olvidarle.

Y volvió de nuevo á sus lamentos. Oyéndolo estaba todo el príncipe desde la puerta, y su corazón latía con tal ímpetu, y estaba tan oprimido, que no acertaba á dar un solo paso. Sin embargo, resolvióse al fin á entrar en el aposento, y se adelantó al trono, donde estaba la princesa. Hallábase ésta tan absorta en sus pensamientos, que ni siquiera reparó en el príncipe, hasta que éste pronunció cariñosamente su nombre. Abrió entonces los ojos, y vió al príncipe á su lado de rodillas. No se fiaba del testimonio de su vista, y creía que era todo un sueño, hasta que el mancebo la dijo con acento de ternura:

—¿Por qué lloras y estás tan desconsolada?

A estas palabras contestó la princesa, no sin sonrojarse: —¿Por qué no confesarlo? Llorabá al verme separada de ti.

El príncipe entonces la refirió todo lo ocurrido, y la princesa le escuchó absorta. Cuando llegó el momento de separarse, creyó morir de dolor; el príncipe la aseguró que volvería con mucha frecuencia; pero ella, deshecha en lágrimas, le dijo:

—Te suplico me llesves contigo á donde quiera que vayas; porque si vuelvo á experimentar otra vez la amargura de la separación, moriré de pena.

Esforzóse el príncipe en consolarla, é hizo todo lo posible por disuadirla de su intento, pintándola el dolor que sufriría su padre y el peligro del viaje, y prometiéndola que no dejaría pasar una sola semana sin volver á visitarla.

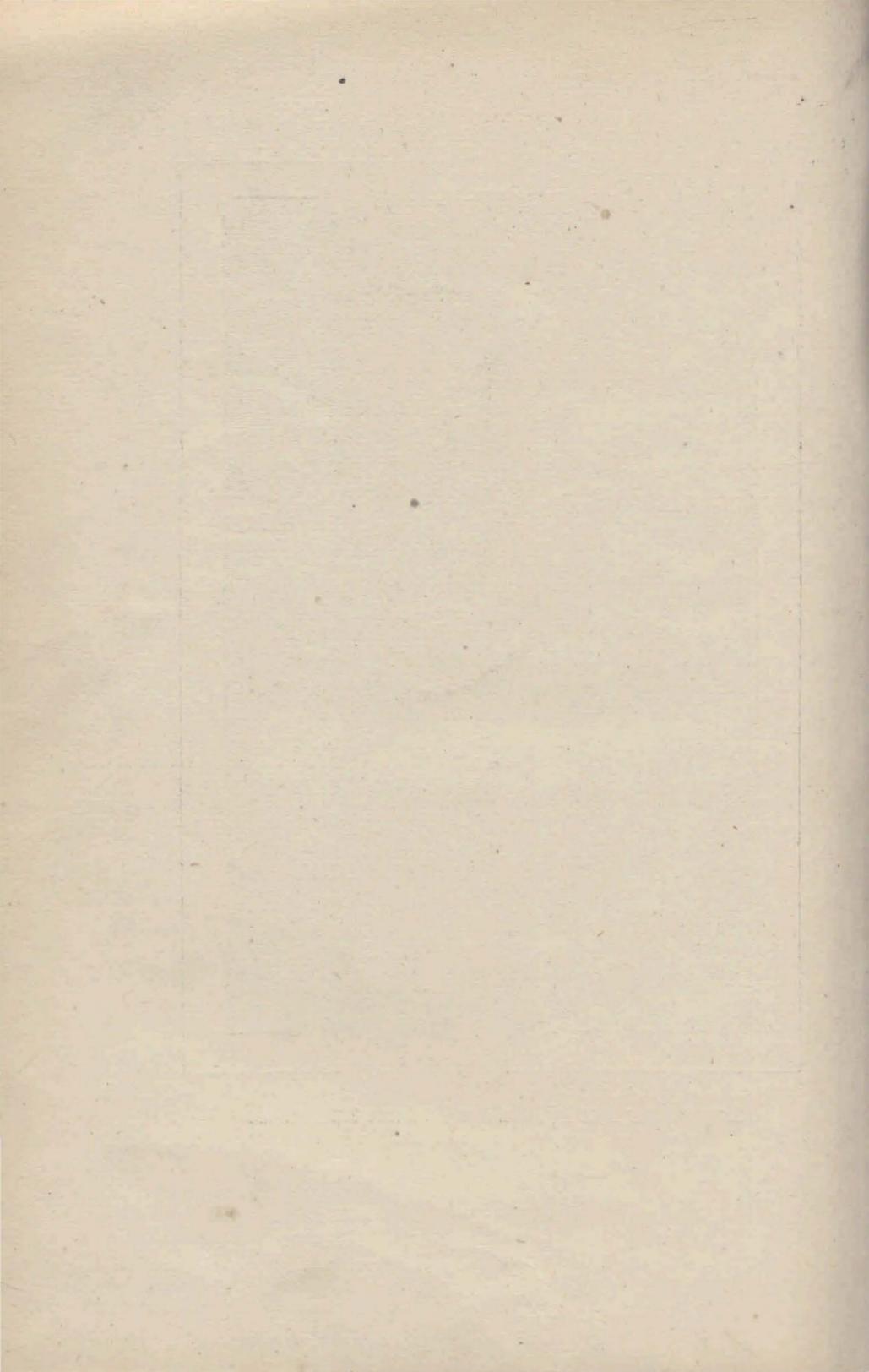
Nada pudo conseguir, contestándole siempre:

—Llévame contigo, pues sin ti no puedo vivir, ni quiero morir sin ti.

Viendo el príncipe que era en vano tratar de quebrantar su resolución, y como su propio corazón estaba interesado en tenerla siempre á su lado, se avino á sus instancias y la dijo que se dispusiese para el viaje, no sin dejar al padre de la princesa una carta, en que le explicaba lo ocurrido, y le decía que, no pudiendo vivir uno sin otro, marchaban juntos, en el caballo mágico, á la capital de Persia, donde contraerían inmediatamente matrimonio, para el que solicitaban su perdón y su bendición.



Al ver llegar á su hijo con aquella dama tan hermosa.



La princesa fué á recoger lo más precioso que tenía en joyas y vestidos; pasaron con tiento junto á las doncellas dormidas, hasta llegar á la puerta; pasaron también por encima del negro sin despertarlo, y subieron á escape á la azotea, en donde el príncipe tenía su caballo. Colocada la princesa en la silla, sentóse detrás el príncipe, y templando el tornillo, se disparó el caballo por los aires como una flecha. Asustóse mucho al pronto la princesa; pero luego, haciéndose cargo de la mansedumbre y la suavidad del caballo, no la arredró ya aquel género de viaje; antes bien, iba muy complacida, pues amaba mucho al joven príncipe, y estaba libre de espías que la acechasen y sorprendiesen. Además, iba en busca de la dicha, pues con la voluntad de Dios, muy pronto el príncipe llegaría á ser su esposo.

Felicísimo fué el viaje aéreo de ambos enamorados, que en muy poco tiempo llegaron á la capital de Persia, y se detuvieron en la azotea del palacio. Su padre, que se había levantado aquel día muy temprano, y á la sazón se hallaba en la azotea, se sorprendió en extremo al ver llegar á su hijo con aquella dama tan hermosa. Apenas se hubo apeado el príncipe, cuando se dirigió apresuradamente hacia su padre, postróse á sus plantas, y le dijo:

—Padre y señor mío, perdonadme el secreto que guardé la otra vez no diciéndoos nada de la beldad que reina en mi corazón, y mostraos indulgente permitiéndome que la tome por esposa.

Abrazó el Rey á su hijo y á la princesa, les dió su consentimiento, é inmediatamente mandó hacer los preparativos para las bodas, tanto del príncipe, como de las princesas sus hermanas, que se casaron respectivamente con el indio, el griego y el persa.

Pronto se difundió tan venturosa noticia por la ciudad, y todos se regocijaron con la dicha de su príncipe. Al punto comenzaron las funciones, y el vecindario, los ministros y las tropas se dispusieron á celebrar tan fausto acontecimiento.

Enviáronse sin demora embajadores al Rey, padre de la princesa, con el anuncio de la llegada de la princesa y el príncipe, pidiéndole al mismo tiempo su consentimiento para solemnizar el desposorio. Le aseguraban la intimidad del Rey de Persia, y acompañaban la embajada con riquísimos presentes. Solemnizáronse las bodas con festividades de siete semanas, repartiendo cuantiosas sumas á los necesitados. El caballo encantado se guardó en el gabinete de preciosidades para memoria perpetua, y para utilizarle cuando llegara el caso. Sólo una persona permanecía triste en medio de la universal alegría, y era la hija menor del Rey de Persia, condenada á casarse con el hombre viejo, inventor del caballo misterioso. Su hermano, que tanto debía á los buenos oficios de esta máquina voladora, había cambiado de opinión, y lejos de condolerse del dolor de la princesita, la dijo que estaba obligada á obedecer á su padre. Con el alma traspasada de dolor fué la niña á la nupcial ceremonia, y no pudo repre-

mir sus lágrimas al verse unida con indisoluble lazo á aquel monstruo de fealdad.

El destino la reservaba, sin embargo, una grata sorpresa. Al regresar á palacio, y en presencia de toda la corte, se despojó el fingido persa de una máscara de piel que llevaba cuidadosamente ceñida al rostro, arrojóla al suelo y dejó ver un semblante de varonil belleza, en que brillaba el fuego de la juventud y la noble expresión del talento y del estudio.

—Yo no soy ni persa, ni anciano—exclamó;—soy heredero del trono de Egipto, y habiéndome dedicado á la ciencia desde mi niñez, he llegado á arrancar á la naturaleza muchos de sus secretos. Amaba con ternura á la encantadora princesa que hoy es mi esposa, y quise probar si el ascendiente de mi saber bastaría á atraerme su simpatía, prescindiendo de mi aspecto físico, por lo que me disfracé de este modo. No he salido airoso en este detalle; pero algo hay que dispensar á las niñas; no puede exigirse á todas que amen la ciencia por sí misma.

—¡Qué disgusto tuve, esposo mío!—dijo llena de júbilo la princesita.—Admiraba tu ciencia, es verdad; ¡pero me parecías tan feo! Mas por fortuna, lo sabio no quita siempre á lo buen mozo.

Este feliz incidente aumentó la alegría de todos, y desde entonces ninguna nube vino á empañar la dicha de los recién casados, que alcanzaron cuanta felicidad es posible lograr en la tierra.

EL HADA DE LAS MIGAJAS

En la falda de un monte cubierto de espesas encinas y pinos tenía su residencia una anciana de pequeña estatura, sumamente encorvada y que para andar necesitaba del apoyo de una muletita. En los alrededores hablaban de aquella anciana con cierto misterio; le daban el nombre de Hada de las Migajas, y los labradores y leñadores tenían miedo de ella y rehuían su encuentro.

Se decía de público, pero sigilosamente, que era una hada mala, de perversas condiciones, y que se complacía en hacer todo el daño posible a sus semejantes; vivía sola y aislada, sin trato apenas con los vecinos, y sólo de cuando en cuando se veía que, caminando lentamente, iba a la aldea más próxima, compraba unos panes, los metía en un saco, y regresaba a su cabaña; allí sacaba un pan, lo desmigajaba con sus delgados dedos, y daba de comer a una multitud de pollitos que acudían presurosos a su llamamiento.

A este hecho, sorprendido por algunos de los vecinos, debía el sobrenombre de Hada de las Migajas.

Por los alrededores de aquel lugar corría el rumor de que los pollitos, que nunca crecían, eran seres humanos que ella había encantado, y a quienes tenía siempre en el mismo estado, sin crecer ni variar de forma.

No lejos de la vivienda del Hada de las Migajas habitaba un leñador que se llamaba Rodolfo, huérfano de padre y madre, y que no tenía más familia que una hermana, con la cual compartía las miserias de que se veía rodeado.

Rodolfo tenía un carácter sumamente amable y complaciente y era estimado de todos sus vecinos, a los que prestaba cuantos servicios podía. Cierta día, el Hada de las Migajas le encontró en su camino y le dijo:

—Quisiera que me prestaras un servicio.

—Con mucho gusto, señora; lo que queráis.

—Pues bien, toma esta moneda de plata, vete al pueblo, cómprame tres panes y llévalos a mi cabaña.

Rodolfo echóse al hombro un haz de leña para venderlo en el pueblo, y después de haber verificado la venta, compró los panes y se dirigió a la cabaña del Hada; allí entregó éstos, y el Hada

empezó a desmigajarlos, y llamando a los pollitos, se los distribuyó como tenía costumbre.

—Te estoy agradecida por el servicio que me has prestado; pídemelo que quieras, que yo te lo concederé.

—Señora, no tengo ambición ninguna. Aunque pobre, vivo contento con mi hermana, y la venta de la leña y de las piñas me produce lo suficiente para comer.

—Veo que no eres ambicioso, y para un joven como tú, esto es una cualidad de gran virtud. Vete detrás de la casita, y allí encontrarás piñas para llenar tu saco, las vendes mañana en el mercado, y del producto me traes otros tres panes. Y ahora, antes de marcharte, ruégote que me saques dos cubos de agua del pozo vecino.

Rodolfo, siempre complaciente, se fué al pozo, enganchó un cubo en la cuerda y le sacó lleno de agua, yendo a verterlo en una tina que había junto a la puerta de la cabaña; al sacar el segundo, notó que pesaba mucho. ¡Cuán no sería su asombro al ver que sobre los bordes del cubo lleno de agua se presentó sentado un mono corpulento!



... multitud de pollitos que acudían a su llamamiento.

El mono dijo al leñador:

—Gracias, Rodolfo, por haberme salvado; hace veinte años que el Hada de las Migajas me tenía secuestrado en el fondo de este pozo, y por el servicio que me has hecho voy a darte un talismán precioso que te librá de todo mal.

Y al decir esto se llevó la mano al pecho y de entre su abundante pelo sacó una piedrecita azul que dió al asombrado Rodolfo, a quien dijo estas palabras:

—Este es un talismán que te librará de todo mal; pero te prevengo que desconfíes del Hada de las Migajas; es una mujer que tiene un espíritu diabólico y que se complace en hacer daño. Tú eres una de las personas que tiene señaladas para sus maleficios; de modo que lo mejor que puedes hacer es desaparecer y no volver más por estos sitios.

—Cuando hubo dicho estas palabras, el mono desapareció. Rodolfo quedó asombrado; pero fué a verter en la tina el agua del cubo. El Hada preguntó a Rodolfo:

—Con el cubo de agua que has sacado, ¿no ha salido un mono?

—Sí, señora.

—¿Y qué te ha dado?

—Un talismán, que consiste en esta piedrecita azul.

—¡Dámela al momento!

Rodolfo se negó y el Hada levantó su muletilla para castigarle; pero Rodolfo, frotando el talismán, dijo:

—¡Piedrecilla azul, sálvame!—Y de repente un águila enorme se desprendió del cielo, cogió al leñador por la faja que llevaba ceñida y le transportó a la puerta de su choza, donde con gran contentamiento pudo abrazar a su hermana y contarle la aventura.

Cuando estaba más entretenido refiriéndole el suceso, entró por la ventana el mono y dijo:



... sentado en los bordes del cubo un mono corpulento.

—Rodolfo, sálvate, pues el Hada, llena de ira por haberme dado la libertad, se propone perderte y robarte a tu hermana.

No había concluído aún el mono de hablar, cuando seis enormes gigantes entraron en la cabaña, se lanzaron sobre Girasol, que así se llamaba la hermana, y prendiendo fuego a la cabaña y al bosque, huyeron precipitadamente con su presa, que entregaron al Hada de las Migajas.

Esta convirtió a Girasol en una pollita blanca.

El mono, al ver la agresión y al encontrarse rodeado de fuego, cogió en brazos a Rodolfo, y saltando de árbol en árbol, pudo escapar del incendio, yendo a buscar refugio a una profunda cueva situada en la cima de la montaña.

Rodolfo, afligidísimo por haberle sido arrebatada su hermana, se lamentaba y meditaba el modo de poder librarla. Entonces el mono le dijo:

—El Hada de las Migajas es el hada de la maldad, se complace en perjudicar a los buenos y a ti te esperaba igual suerte que a mí, convirtiéndote en mono y arrojándote al pozo como hizo conmigo. Yo, aunque tengo el aspecto de un mono, soy un príncipe de la Abisinia, que protegido por el Hada Imán vine a estas tierras en busca de una princesa a quien el Hada de las Migajas, por vengarse de su padre, había convertido en pollita blanca; pero caí en su poder y sólo esperaba ocasión de poder entregar el talismán que te he dado, y del cual yo no podía hacer uso, para que libraras a la princesa y me libraras a mí.

—Valor no me falta—dijo Rodolfo—ni ganas de vengarme del Hada de las Migajas tampoco, pues me ha pagado con mal el servicio que le hecho.

—¡Bien! Pues si tienes valor, fe y constancia, podrás deshacer el encanto de tu hermana, de mi prometida, de mí mismo y de otras personas que sufren mucho y pasan grandes peligros. Pero, sobre todo, ¡gran cautela para no caer en manos del Hada de las Migajas! Mañana partirás hacia el monte Rojo, que está situado más allá del Sinaí, y allí encontrarás un anciano, que es el padre de los genios, que te dará los medios de salvar a tu hermana y a la princesa y deshacer el encanto de todos los que gimen bajo el poder del Hada de las Migajas. Ahora frota la piedrecita azul y sin el menor trabajo te verás trasladado a la montaña Roja.

Frotó la piedra Rodolfo y al poco tiempo vieron venir un buitre inmenso que, desplegando sus alas, se llegó a Rodolfo y le dijo:

—¿Qué quieres, Rodolfo? Aquí me tienes a tu servicio.

—¿Quisiera trasladarme al monte Rojo para ver al padre de los genios.

—Pues bine, móntate en mí y agárrate a mi cuello.

Hízolo así Rodolfo y como una exhalación se remontó en lo, aires el buitre; mas no bien había recorrido unas quinientas millas aparecieron en el espacio dos águilas blancas que disputaron la presa al buitre, y mientras una clavaba en la cabeza de éste su agu-

do pico, la otra cogió entre sus garras a Rodolfo y huyó del lugar del combate.

El águila, sin cansarse y sin alimentarse, voló tres días por los aires llevando agarrado al pobre Rodolfo, a quien ya faltaban alientos y fuerzas para sufrir; al fin, el águila se posó en lo más alto de una montaña, donde tenía su nido, en el que había tres pequeños aguiluchos, que esperaban con ansiedad la presa que les llevaba la madre.

Rodolfo, al ver que iba a ser devorado por los aguiluchos, volvió a frotar la piedrecita y en aquel momento se deformó el terreno, chocaron las rocas unas contra otras, y con rapidez vertiginosa fueron a parar a un profundo abismo que comunicaba con el mar. Al verse libre Rodolfo del águila y de los aguiluchos, se



... cogió entre sus garras a Rodolfo y huyó...

encontró en un nuevo peligro, pues habiéndose producido una tempestad, el abismo se convirtió en un torrente que con una inmensa rapidez iba a verter sus aguas en el mar. Invocó nuevamente Rodolfo su talismán y apareció un delfín, al cual se agarró y, montándose en el lomo, atravesó el Océano; fué a parar al Mediterráneo, y de allí al mar Rojo, donde en la playa quedó sano y salvo, encontrando un camello que doblando las rodillas le invitó a montar.

Rodolfo lo hizo así, y lanzándose a escape por el desierto de arena, llegó al monte Rojo, donde encontró sentado a la puerta de su palacio al padre de los genios.

Expúsole su deseo y el motivo de su viaje, y éste le dijo:

—Mucho es el poder que tiene el Hada Maldad; pero como lo emplea siempre en hacer daño, yo te daré los medios para combatirla. Por de pronto, entra en mi palacio; descansarás hoy, y mañana volverás a tu país.

Entró Rodolfo acompañado del padre de los genios, y quedó maravillado de la suntuosidad del palacio, pues todo él estaba edificado y abierto en un inmenso bloque de mármol rojo. Contenía espaciosos salones, preciosos gabinetes y un inmenso comedor, en cuyo centro había un velador de mármol rojo también y cubierto de fuentes de plata y oro llenas de suculentos manjares.

Rodolfo, que en los tres últimos días no había tomado ningún alimento, comió perfectamente y bebió vinos exquisitos que le agradecieron. Pero lo más asombroso del caso fué que manos invisibles sirvieron aquella opípara comida; y cuando el maravillado viajero se caía de sueño, le condujeron a un cuarto donde había un magnífico lecho, le desnudaron y le metieron en la cama. Rodolfo quedó dormido al poco tiempo.

Al despertar al día siguiente, el padre de los genios estaba sentado junto a la cabecera de su cama y le entregó un saquito que contenía trigo, y al mismo tiempo dijo a Rodolfo:

—Cuando llegues a la cabaña del Hada de las Migajas arroja este trigo a las pollitas blancas y el encanto de ellas desaparecerá; cuando veas al mono, dale a comer esta miguita de pan y se convertirá en lo que antes fué, y en cuanto al Hada de las Migajas, la tocas con esta varita y su poder quedará desvanecido por algún tiempo.

—¿Y cómo me traslado desde aquí sin conocer el camino?—dijo Rodolfo.

—Levántate y vente al comedor, que allí te daré las instrucciones que faltan.

Hízolo así Rodolfo y las manos invisibles le vistieron con un elegante traje de brocado de oro y le ciñeron al cinto una magnífica espada, cuya empuñadura estaba cuajada de brillantes, zafiros y esmeraldas. Al verse así vestido, Rodolfo no se reconoció. De repente se abrieron las puertas del cuarto, y nuestro héroe se dirigió al comedor, donde le esperaba el padre de los genios.

Si suntuosa fué la comida de la tarde anterior, el almuerzo fué mucho más espléndido. Al finalizar, el padre de los genios condujo a Rodolfo a la puerta del palacio, donde nuestro amigo encontró un carro de oro y plata tirado por dos águilas negras. No bien subió Rodolfo en él, después de expresar su agradecimiento al padre de los genios, las águilas remontaron el vuelo y fueron a dejarle a la puerta de la gruta donde el mono se había refugiado.

Sacó la maravillosa miguita de pan, se la hizo comer al mono, y éste quedó convertido de improviso en un hermoso y arrogante joven. Juntos ahora los dos, en el mismo carro se dirigieron hacia la choza del Hada de las Migajas. Esta se hallaba ausente, y Rodolfo pudo ofrecer con tranquilidad el trigo a las pollitas blancas; éstas lo

comieron, e instantáneamente quedaron convertidas en preciosas mujeres, entre las que tuvo el príncipe el gusto de abrazar a la princesa y Rodolfo a su hermana.

Momentos después entró en su guarida el Hada de las Migajas y, asombrada de aquel cambio, quiso volver a convertirlas en pollitas, pero Rodolfo no le dió tiempo: la tocó en la frente con la varita mágica del padre de los genios, cuyo nombre invocó, y en seguida se abrió la tierra y tragó al Hada de las Migajas.

La choza se convirtió en palacio, y todos, llenos de regocijo, celebraron tan fausto suceso.

Pocos días después el príncipe se casó con la princesa, y Rodolfo con una de las más hermosas damas que había desencantado. Girasol también contrajo matrimonio con uno de los gentiles hombres del acompañamiento de la princesa.

El bosque, antes sombrío, quedó convertido en vergel de preciosos jardines, y al marcharse el príncipe a su reino, dejó el palacio y el bosque a Rodolfo y a su hermana, donde vivieron tranquilos y contentos durante muchos años, sin que volvieran a oír hablar más del Hada de las Migajas.

FIN

INDICE

	<u>Páginas.</u>
Viajes extraordinarios	9
A galope por los aires	103
El Hada de las Migajas	149



CALLIA